

EL

9

Consultor Bibliográfico



Publicación Mensual

Director: J. L. del Búdice

Dirección y Edmón.: Montaner, 328

*** Barcelona ***

Redac. en Madrid: Calle de Lista, 66

Año 2 / Núm. 9 // Tomo 2 / Fasc. 4.º

*** Abril de 1926 ***

5 JUN 1973

Subscripción anual: En los países de
lengua española o portuguesa, 5 ptas.

En otros países 7'50 pesetas

Número suelto, 0'50 ptas.

Atrasado, 1 Peseta

He aquí un gran libro

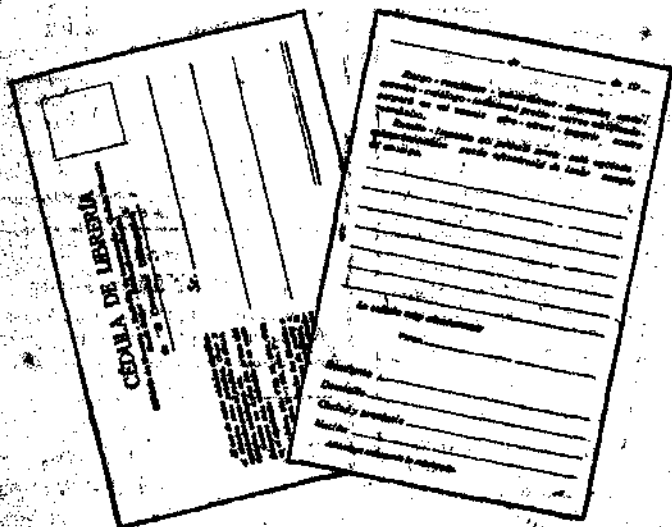


*Pídale a su
librero se lo
facilite unos
minutos, o
revíselo en
la biblioteca
más próxi-*

*ma. En cualquier página que lo abra, en-
contrará algo que le sugestionará. A pesar
de su título no es un libro local. Todas las
personas de habla castellana agradecerán al
autor haber escrito esta obra : **Historia
Americana y Argentina**
por Carlos Bosque. - "Virtus", Bs. Aires*

Cédulas de librería

de El Consultor Bibliográfico



Con la edición de estas cédulas creemos atender una necesidad sentida por todos los que tienen trato continuo con los libros. La misma el editor, el librero, el bibliófilo o el estudiante, reconocen que nuestras cédulas constituyen el sistema más práctico, claro y económico para el pedido de libros, revistas, catálogos, informes, etc. Unen a la claridad y fácil despacho, las ventajas del coste insignificante y del franqueo reducido. Circulan en todos los países como papeles de negocios y, por consiguiente, con tarifa muy inferior a la de la postal simple.

Se piden en todas las librerías o directamente (franco de porte) a esta Administración.

Preços: 10 cédulas, 0'25 ptas. — 50 cédulas, 1'10 ptas.
100 — 2'00 — 500 — 9'00 —

GUÍA DE LIBRERÍAS

ALEMANIA

Libros y diarios alemanes
Exportación inmediata
Werner, Freundt & Co.
Johannissasse, 6 Leipzig

Haga usted
sus pedidos de música a

Rob. Forberg
Editora y comisionista,
que le atenderá con esmero
Talstr. 19 Leipzig

ARGENTINA

Poblet Hnos. y Compañía
Librería Académica. Libros científicos,
especialmente de medicina
Callao, 713 Buenos Aires

Librería Jurídica de
Valerio Abeledo
Gran surtido en obras de derecho
Lavallo, 1,368 Buenos Aires

Librería San Jorge
Santa Fe, 2,118 Buenos Aires
Importación de libros. Todas las
novedades nacionales y extranjeras

Librería y editorial «Pensero»
San Martín, 200, esq. Cangallo
Buenos Aires

Alfa y Omega
Ediciones. Importación y exportación
de libros de enseñanza
Callao, 575 Buenos Aires

Librería de M. García
Obras literarias y universitarias
Calle 7, esq. 1,094 La Plata

Librería Argentina de

Luis Simián
Surtido completo de obras clásicas
Dean Funes, 61 Córdoba

Centro de suscripciones y librería
de
Guzmán y Sánchez
25 de Mayo, 213-17 Tucumán

Librería de Emilio Perrot
Libros de derecho e historia americana
Santa Fé, 1,785 Buenos Aires

BRASIL

Librería de
Samuel Núñez López
Obras portuguesas y españolas
Alfandega, 47 Río de Janeiro

CEBA

Librería de
Roque Antuñano Hnos.
«La Burgalesas»
Máximo Gómez, 23 Habana

La Casa de Wilson
Librería, papelería y quincallería
Santos Alvarado y C.ª S. en C.
Pl y Margall, 52 Habana

J. R. Valls
Librería, Papelería, Revistas
San Carlos, 113 Cienfuegos

ECUADOR

Librería e imprenta «Gutenberg»
de
Eliseo A. Uzcategui
Bulevar 9 Octubre, 218-220 Guayaquil

ESPAÑA

Librairie Française

Rambla del Centro, 10 Barcelona

Librería Nacional y Extranjera

Carlos Seither

Rbla. de Cataluña, 72 Barcelona
Libros de todos los ramos y en todos los idiomas. Gran surtido de música clásica. Librería de arte general y aplicado

Librería Sintet

Comisión. Libros de medicina.
Ronda Universidad, 4 Barcelona

Editorial Canosa

Libros de arquitectura y arte en general

Libros técnicos de construcción
Barcelona (España) Rosellón, 207

Librería

Herederos de la Viuda de Pla

Obras literarias. Libros para niños. Devocionarios.

Pontanella, 13 Barcelona

Librería Universal, de

Pablo Schneider

Libros, revistas y diarios en todos los idiomas y de todos los países del globo.

Rbla. de Cataluña, 54 Barcelona

Librería Casa Cuetos

Arte. Literatura. Revistas.

Teléfono 1682 A

Caspe, 12 Barcelona

Librería Ribó

Libros científicos e industriales
Paseo, 45 Barcelona

Librería de

J. Ruiz Romero

(Suc. de J. Bastinos)

Pelayo, 52. Tel. 4819 Barcelona

Librería Española, de

Antonio López

(Antigua casa I. López Bernagosi)
Rbla. del Centro, 20 Barcelona
Surtido completo de obras españolas. Obras de todos los autores catalanes, antiguos y modernos

Librería Verdagner

Fons especial d'obres catalanes

A. Domènech, 9. en C.

Rbla. del Centre, 5 Barcelona

R. G. Gorriaran

Especial surtido en libros de propaganda vegetariana

Plaza Nueva, 10 Bilbao

Librería de

Mannel Miñambres

Obras literarias y científicas

Gran Vía, 6 Bilbao

Vinda de Villar y Sobrino

Ediciones nacionales y extranjeras

Gran Vía, 32 Bilbao

Hijos de Santiago Rodríguez

Librería. Imprenta. Casa editorial.

Fundada en 1850

Apartado de Correos 55 Burgos

Fernando Fe

Puerta del Sol, 15 Madrid

Librería española y extranjera.

Suscripciones a todos los países.

Exportación a provincias y al extranjero.

Librería de Esteban Dossat Pl. Príncipe Alfonso, 9 Madrid	Librería de ocasión de Melchor García Obras antiguas y modernas Catálogo gratis San Bernardo, 26 Madrid
Librería Internacional, de Romo Obras científicas nacionales y extranjeras Alcalá, 5 Madrid	«LIBROS» Librería enciclopédica Arte, Literatura, Medicina Julio B. Meléndez Nicolás M.^a Rivero, 12 Madrid
Librería Universal de ocasión García, Rico y Compañía Notable surtido en libros antiguos Desengaño, 29 Madrid	Gran librería médica de R. Chena y Compañía Apartado 7.004 Atocha, 145 Madrid
Librería y Casa Editorial Hernando, S. A. Obras y material de enseñanza y Literatura Arsenal, 11, y Quintana, 31	Librería general de ocasión, de Germán García 7, San Bernardo, 37 Madrid Libros antiguos y modernos Compra de bibliotecas
Librería Musical Faustino Fuentes Gran surtido en música nacional y extranjera Arsenal, 20 Madrid	«Editorial Voluntad» Magnífico surtido en las librerías de Alcalá, 28, y Marqués de Oquendo, 32 y 34, Madrid; Bruch, 25, Barcelona; Mar, 17, Valencia; Duque de Teñán, 14, Cádiz; y Perú, 151, Buenos Aires.
Librería editorial Reus, S. A. Libros de todas clases. Especialidad en obras de Derecho. Preciados, 6 Madrid	ESTADOS UNIDOS Librería española e hispano-americana, de Ignacio E. Lozano Av. Nort, Santa Rosa, 118 San Antonio (Texas)
Librería de San Martín Librería Exportadora Apartado núm. 97. Casa fundada en 1854. Tel. M. 3-285. Puerta del Sol, 6 Madrid	Gran surtido en obras españolas y americanas Angel Blanco Second Street, 918 Sacramento (California)
Librería y Editorial Rubinos Preciados, 13 Madrid Teléfono 5475, Apartado 477	Librería de Lago El más completo surtido de libros en español. Pídanos nuestro catálogo. 156 West 14. th Street Nueva York

Librería de Quiroga 712 Dolorosa Street San Antonio (Texas)	Herrero Hermanos Suc. Editores librereros Cinco de Mayo, 39- Plaza de la Concepción, 2 Méjico. D. F.
FRANCIA Dunod Librero editor Ciencias industriales. Obras públi- cas. Atendemos pedidos de todo el mundo de libros franceses y ex- tranjeros. Pidan catálogos y condi- ciones. 47 et 49, Quai des Grands Augus- tins París	Nicolás Rueda Libros y publicaciones periódicas. Suscripción 2.ª de Victoria núm. 33 Méjico. D. F.
GUATEMALA Librería y casa editora Marroquín Hermanos 9.ª C. Oriente, 2 Guatemala	Andrés Botas e hijo, Sucesor Librería en general 1.ª Bolívar, 9. Cinco de Mayo, 43. esq. a Isabel la Católica, y 1.ª Bo- lívar, 10. Méjico. D. F. Librería escolar «Pluma y Lápiz», de Eugenio de la Torre Apartado 75 Chihuahua
MÉJICO Librería «La Moderna» 1.ª de Zamora, 4 Jalapa (Veracruz)	PORTUGAL Livraria Universal, de Armando Joaquim Tavares 28, Calçada de Combros, 30 Lisboa

Disponemos de pocos ejemplares del tomo I de esta revista, que vendemos encuadernados al precio de 750 pesetas. Pedidos a esta administración.

EDITORIAL PÁEZ, S. L.

Representación
de importantes
casas americanas


Madrid

Oficinas : Ferras, 50
Almacenes : Bolla, 6
Apartado 3.667
Teléfono J. 25-71

El Consultor Bibliográfico

Administración : MUNTANER, 328 :: BARCELONA (España)

Tarifa de anuncios

Precios por publicación

Contratapa final, en dos tintas	Ptas. 150'00	Un octavo de página, id.	» 15'00
Interiores de cubierta (2.ª o 3.ª) a dos tintas	» 120'00	Pie o cabecera de columna de 20 por 45 mm., en la sección de novedades bibliográficas.	» 20'00
Una página (en negro solamente)	» 90'00	Pie o cabecera de página, de 20 por 95 mm., en la misma sección.	» 40'00
Media página, id.	» 50'00	Esquela en «Guisa de Librerías»	» 7'50
Un cuarto de página, id.	» 28'00		

Los anuncios redactados en otros idiomas que no sean el español o el portugués, tienen un recargo del 25 por 100.

Los anuncios contratados por un trimestre, tienen un 5 por 100 de descuento; los por un semestre, un 10 por 100, y los por un año, un 15 por 100.

Los dibujos y clichés son siempre a cargo del anunciante.

Los precios de esta tarifa son netos y sin descuentos ni concesiones de ninguna clase.

La forma de pago es anticipada a la publicación, a excepción de los contratos por más de tres meses, en los que se fijarán pagos convencionales.

El editor se compromete a documentar el tiraje y la circulación de la revista.

SERVICIOS GRATUITOS DE EL CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO

A fin de intensificar el intercambio de libros editados en diversos países de habla española, atendemos todos los pedidos de libros que se nos haga, acompañados del importe correspondiente.

En sección especial en esta revista daremos toda clase de informes bibliográficos.

Los libreros podrán igualmente usar de nuestros servicios para hacer pedidos a editores o libreros de otros países. Estos servicios los realizamos «completamente gratis» y sin comisiones de ninguna especie por ninguna de las partes y con el solo objeto de fomentar la circulación del libro ibero-americano.

LIBRERÍA CIENTÍFICA Y LITERARIA

FLORIDA, 371

EL ATENEO

CÓRDOBA, 2099

CASA EDITORA ~ BUENOS AIRES

Pedro García

Medicina y Farmacia - Ciencias
Naturales - Ingeniería - Mecánica
Electricidad - Construcciones - Ju-
risprudencia - Economía - Finan-
zas - Historia - Filosofía - Literatura
Agricultura y Ganadería -

Telegramas : Ateneo ~ Códigos ; A B C 5.ª ed. y March

Librería LA FACULTAD

Surtido completo de librería
Ediciones de sociología,
derecho, historia y li-
teratura. / Obras
clásicas argenti-
nas. / Reco-
pilación
de le-
yes

Juan Roldán & C.ª

Florida, 369

BUENOS AIRES

TRES requisitos indispen- sables en la imprenta moderna, para la correcta edición de un libro

**Personal seleccionado y de cultura
suficiente para la índole del trabajo**

**Dirección técnica que inter-
prete el carácter de la obra**

**Elementos mecánicos modernos, que
permitan realizaciones económicas**

TRES requisitos que han hecho a los Talleres Costa especialistas en España en la industria del libro

El Consultor Bibliográfico

PUBLICACIÓN MENSUAL

Dirección y Adm.: Muntaner, 328; Barcelona. - Redacción en Madrid: Lista, 66

Los trabajos que se publican son inéditos, a excepción de aquellos cuya traducción o transcripción se especifica. - De los artículos firmados son responsables sus autores. - No se devuelven los originales. - Reservados los derechos

Año II * N.º 9

ABRIL DE 1926

Tomo II * Fasc. 4.º

Traductores franceses de Gracián

por José M.ª de Acosta

BALTASAR Gracián fué bastante traducido al francés en los siglos XVII y XVIII. Pocos años transcurrían entre la publicación de una nueva obra suya y su versión al francés. Después, durante todo el siglo XIX y primeros años del XX, el célebre jesuita aragonés parece haber sido olvidado por nuestros vecinos: ni se hacen nuevas traducciones de sus libros ni se reeditan las existentes. La curiosidad gala por las obras de Gracián, está, al parecer, extinguida. Su personalidad filosófica, tan original, tan vigorosa, tan acusada, se desdeña. Hasta bien avanzado el siglo XX no se renueva en Francia el gusto por las obras de Gracián. A Moré-Fatio, el gran hispanófilo, hace poco más de un año perdido para las letras, a Adolphe Coster, a André Rouveyre y a Victor Bouillier se debe principalmente esta resurrección, allende los Pirineos, del autor de *El Criticón*.

Los traductores franceses antiguos o de la primera época, son Amelot de la Houssaie, Maunory, Gervaise, de la Grange y Courbeville. También se cuentan algunos traductores anónimos.

Nicolas Amelot de la Houssaie nació en Orleans en 1634 y murió

en París en 1706. Su vida debió ser bastante agitada, pero se conoce poco de ella. Morel-Fatio, buscando huellas de las andanzas de Amelot, revolió los archivos y bibliotecas de Orleans, su ciudad natal, mas sus pesquisas fueron infructuosas. Se sabe que fué secretario de embajada en Viena, pero parece que pronto abandonó las tareas diplomáticas. Escribió sobre historia, sobre moral y sobre filosofía. Fué un verdadero polígrafo. Tradujo el *Oráculo manual y arte de prudencia*, de Gracián, dándole el título, algo arbitrario, de *L'Homme de Cour*. Tradujo también a Tácito, así como *El Príncipe*, de Maquiavelo. Dijo escritas bastantes obras de diversas materias. Voltaire no lo olvidó en el *Catalogue de écrivains du siècle de Louis XIV*. Su traducción del *Oráculo*, publicada el año 1684, ha sido calificada por el ilustre hispanófilo Jean Cassou como el *monument de la langue française du XVII siècle*. Sin embargo, si su estilo puede citarse como modelo, la traducción peca de algunos contrasentidos e incorrecciones conforme hizo notar Morel-Fatio. En *L'Homme de Cour* aparecen también traducidos algunos trozos de *El Héroe* y de *El Discreto*, de Gracián.

Guillermo Maunory fué abogado del Parlamento de París. Su vida es casi desconocida. Tradujo, en 1696, la primera parte de *El Crítico*, con el título de *L'Homme détrompé*. Publicó también una *Grammaire et Dictionnaire français-espagnol* (París, 1701). La versión de Maunory no parece pecar por excesiva fidelidad al original; así lo declara el mismo traductor, diciendo que su traducción *n'est pas rigide*, y que *sans perdre trop de vue le sens de l'auteur, on s'est donné liberté de tourner et d'étendre quelques-unes de ses pensées*.

El médico Gervaise, que prestaba sus servicios en el Ejército, buscó distracción a la aburrida vida de guarnición en Perpignan, traduciendo *El héroe*, en 1645. Su traducción es poco recomendable, pues, como dice Boullier, *Insuffisamment initié à l'espagnol, et ne maniant que lourdement le français, Gervaise avait entrepris une tâche au-dessus de ses forces. Il se contente volontiers, comme un écolier, d'un mot à mot peu intelligible, d'où ne ressort pas toujours qu'il ait compris le texte*.

El canónigo parisién De la Grange hizo, en 1693, una traducción bastante aceptable de *El comulgatorio*, con el título de *Modelo d'une sainte et parfaite comunión*.

Estos son los traductores que Gracián tuvo en Francia en el siglo xvii. /

En el xviii, Gracián cuenta con otro traductor entusiasta, el padre jesuita José de Courbeville, nacido en Orleans en 1668 y fallecido en París el año 1746, que quizá heredó de su coterráneo Amelot el gusto por Gracián. El P. José de Courbeville fué profesor del Colegio de Luis el Grande, y vertió al francés buen número de obras de esclarecidos ingenios españoles, italianos e ingleses. En 1723 tradujo *El discreto*, de Gracián, con el título de *L'homme universel*, y en 1725 *El héroe*, del mismo autor. Por último, en 1730, hizo otra traducción del *Oráculo*, que ya había traducido Amelot dándole el nombre de *Maximes de Baltasar Gracián*. También se le atribuye una traducción de *El Político*, publicada en París, en 1732, con el título de *Le Politique Don Ferdinand le Catholique*. En todas estas traducciones se apartó, en ocasiones, más de lo tolerable del texto español, como antes hiciera Mounory, añadiendo hasta reflexiones de su propia cosecha.

Y hemos de saltar hasta febrero de 1924, en que inicia el segundo período de traducciones y reediciones francesas de Gracián, André Rouveyre, gran divulgador de Gracián en Francia, haciendo reimprimir *L'Homme de Cour*, de Amelot, si bien con diligente y prolijo cuidado habíale expurgado de los lunares que lo afeaban. Esta traducción se publicó en la colección de los *Cahiers Verts*. Casi a la par, Rouveyre publicaba en el *Mercure de France* (15 marzo 1924) un interesante estudio sobre Gracián, del cual se hizo aparte una reducida tirada.

Por último, hace pocos meses, en 1925, se ha publicado, pulcra y bellamente editada, la obra *Baltasar Gracián: Pages caractéristiques*, traducción y notas de Victor Boullier, y con un estudio crítico preliminar (110 páginas) de André Rouveyre. El libro forma parte de la colección de autores extranjeros del *Mercure de France*, y trae dos artísticas reproducciones del único retrato que se conoce de Gracián.

Pages caractéristiques son trozos selectos de las obras de Gracián, siendo los más extensos los traducidos de *El Criticón*, como era de esperar. La traducción de *Pages caractéristiques* está hecha con fidelidad y justeza que demuestran un perfecto dominio del español y del francés, por Victor Boullier, como ya hemos dicho.

También son suyas las eruditas notas que figuran en el libro, y de las cuales nos hemos servido en parte para este artículo.

André Rouveyre, espíritu analítico de primer orden, se revela en el estudio preliminar como un hondo, sutil y consumado crítico. Con gran detenimiento y acopio de pruebas estudia la innegable influencia que Gracián ejerció sobre La Rochefoucauld, Sable, Schopenhauer, Nietzsche y otros escritores y filósofos franceses y alemanes. Su análisis frío, metódico, profundo y razonado, es tan concluyente e irrefutable, que lleva la convicción al ánimo del lector. Es un trabajo valioso y completísimo.

Es joven aún André Rouveyre, el genial dibujante cuyos retratos y dibujos le han ganado justa celebridad, pues nació en París en 1879. Además de sus trabajos sobre Gracián, tiene otras obras, como *Les Lettres dans l'Epoque* (vió la luz en diez y seis folletones de *Les nouvelles littéraires*, 1924), que son estudios críticos sobre France, Bourget, Barres, Mauras, Remy de Gourmont y André Gide, que han consagrado su reputación de crítico de fina sensibilidad y gran valía. Rouveyre, con la pluma como con el lápiz, demuestra su talento y sólida cultura.

Victor Bouillier, conienzudo traductor de *Pages caractéristiques*, nació en 1890. Es doctor en Derecho, y durante bastantes años ha ocupado el importante puesto de secretario de la Compañía de los ferrocarriles del *Afidi*, lo que le ha mantenido forzosamente alejado de sus aficiones predilectas: las letras. Jubilado hace unos años, se ha dedicado a estudios sobre literatura comparada, principalmente francoalemana. Como hispanófilo, además de la traducción de *Pages caractéristiques*, tiene hecha también una traducción, aun inédita, de *El Discreto*, de Gracián, y varios estudios relacionados con este jesuita aragonés, siendo el más reciente el que apareció en el *Bulletin Hispanique* (1911). Es autor de una interesante obra titulada *Montaigne en Italie et Espagne* (Chambrion, 1922).

Otro magnífico estudio, biográfico y crítico, sobre Gracián, es el debido a la pluma del ilustre hispanófilo Adolphe Coster, correspondiente de nuestra Real Academia desde 1915. Al estudio de Coster (*Revue Hispanique*, t. XXVI, páginas 566-670, 1912), que ha sido objeto de merecidos y unánimes elogios, tendrá que seguirle todo el que quiera estudiar a fondo la personalidad y la obra

de Gracián. Tiene publicada también una reimpresión de su obra *El héroe*, con las variantes del código inédito de Madrid.

Adolphe Coster nació en París en 1868, se educó en el *Collège Stanislas* y después continuó sus estudios en la Soborna. Dedicado a la enseñanza, ha sido profesor de distintos liceos, y actualmente explica gramática francesa, latina y griega en el de Chartres. Se doctoró en 1908, en París, con un estudio sobre el poeta andaluz Fernando de Herrera, *el Divino*. Sus obras y estudios de carácter hispanófilo son numerosos, y entre ellos merecen destacarse dos libros notabilísimos dedicados a Fernando de Herrera y varios estudios y ediciones críticas de las obras de Fray Luis de León. De sus estudios sobre Fernando de Herrera escribió el llorado Menéndez y Pelayo, que «eran un modelo en su género». Y su libro sobre Fray Luis de León, acaba de ser premiado por la Academia Francesa. Ha visitado España en diversas ocasiones, y ha trabajado en nuestros archivos y bibliotecas.

Morel-Fatio dedicó a *El héroe* uno de sus interesantes estudios (*Bulletin Hispanique*; octubre-diciembre 1909). También en su cátedra del Colegio de Francia estudió la obra de Gracián (*Sommaire du Cours au Collège de France, Bulletin Hispanique*; abril-septiembre 1910).

Alfred Morel-Fatio murió en Versalles el 11 de octubre de 1924, a la avanzada edad de setenta y cuatro años. Fué sin duda uno de los primeros hispanistas franceses de su tiempo. Gran investigador de nuestra historia y gran conocedor de nuestra literatura, ha dejado una labor muy vasta y variada. Gómez de Baquero ha dicho de él, «que consagró a la historia de España la dedicación de una vida laboriosa, de una competencia pocas veces igualada y de un incansable estudio». Entre las obras más notables de este sabio, citaremos *L'Espagne au XVI.^e et XVII.^e siècle*, *L'Espagne en France*, «George Sand» à Majorque y *Le poignard dans la jarre*.

Tales son los beneméritos hispanistas cuyos trabajos han contribuido a enaltecer en Francia el nombre del insigne filósofo español autor de *El Criticón*.

El CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO ha encomendado una serie de trabajos sobre hispanófilos ilustres a don José María de Acosta, notable crítico y co-

letrado novelista, autor de *La Saturna*, *Las pequeñas causas* y otras obras que han logrado gran fortuna. Acosta es, entre nosotros, el escritor más impuesto en el movimiento hispanófilo que actualmente se desarrolla en las diversas naciones, en algunas con gran intensidad. Su sección *La literatura española en el extranjero*, del A B C, goza autoridad y prestigio por la competencia e imparcialidad con que está hecha. Prepara también un *Diccionario de críticos de habla española e hispanófilos*. Por todo ello el nombre de Acosta es una garantía de acierto en estas cuestiones.

Estos trabajos, que se publicarán de un modo regular, formarán una verdadera galería y será lo más completo que se habrá hecho sobre el particular en España. Por ella desfilarán cuantos profesores, eruditos, críticos y traductores extranjeros se han distinguido por sus estudios de crítica de obras clásicas o contemporáneas españolas, trabajos de investigación sobre nuestra literatura o traducciones de libros hispanos. Así tendrán puesto de honor en ella los franceses Martinenche, Coster, Pitollot, Cirot, Fouché-Delbosq, Miomandre, Marvaud, Buillier, Schneeberg, Baruzi, Larvaud, Cassou, Carayon, Vézinet, Rouveyre, Coindreau, Matilde Pomes, Pillement, Jean-Aubry, Donatien Braga, Ganzo, Bataillon, Ricard, Marcelle Auclair, Picard, Bertrand, Rousseau y Malaspine; los portugueses Figueiredo, Sergio y Ferreira de Castro; los italianos Farinelli, Mele, Boselli, Croce, Giannini, Rájna, Becari, Lollis, Piccoli, Norsa, Levi, Puccini, Molle, Zuaní, Bacci, Solari-Borzi, Luisa Banal y Marone; los alemanes Pfandl, Curtius, Mulert, Hatzfeld, Hamel, Hilka, Dernehl, Laudan, Moldenhauer, Lejenne, Heinermann, Schädel, Günther, Haack, Ohrem, Brüch, Krüger, Spitzer, Giese, Wagner, Klemperer, Heiss y Vossler; los ingleses Allison Peers, Bell y Starkie; el belga Thomas; el holandés Van Raalte; los austriacos Bahr, Kiegler y Wurzbach; los húngaros Körösi, Harsányi, Hankiss, Barna, Patty y Huszar; los suecos Hillman, Hagberg, Vising, Staaff, Liljegren, Munthe, Wulff, Walberg y Akerlund; el noruego Grönvold; los daneses Bratli y Nyrop; los finlandeses Tällgren, Torkiainen, Lehtonen, Irene Leopold, Tyyni Haapanen de Tällgren, Impivaara, Sjöberg y Hihlman; los checoslovacos Lenz, Antonia Dickertova, Eger, Hyza, Adler, Slaby, Fischart y Keil; los norteamericanos Schevill, Northup, Ford, Morley, Crawford, Buchanam, Umphrey, Owen, Rennert, Fitz-Gerald y Hendrix, y los brasileños Sylvio Julio, Marques Pinheiro, Saul de Navarro, Carlos Maul, Povina Cavalcanti, Waldemar Bandeira, Rosalina Coelho Lisboa, Martins Capistrano, Sylvio Correa de Britto, Silva Lobato, Grieco, Pinto da Silva, Várzea y Varejão y otros muchos de estas y de otras nacionalidades, cuyos nombres omitimos para no hacer esta lista interminable. A cada uno de ellos dedicará Acosta un artículo completísimo con multitud de datos biográficos y bibliográficos, juicios críticos y cuanto pueda servir para formar juicio de la importancia de su labor hispanófila.

El Consultor Bibliográfico quiere demostrar con esta *Galería* la simpatía y el agradecimiento que siente hacia las ilustres personalidades extranjeras que con sus estudios, investigaciones y trabajos dan inapreciable realce a la literatura patria en otros países.

Bajo las cenizas del tedio ⁽¹⁾

por Fidelino de Figueiredo

Traducción española de José M.^a de Cossío

A Doña Mercedes Galbrois Ballesteros,
A Don Antonio Ballesteros Beretto,
Historiadores ilustres y queridos amigos,

F. F.

Efforcez-vous d'être le plus possible
vous même et de n'être que cela...

Albert Samain, en el prefacio epistolar de
LE MANTEAU DU PASSÉ, de Ed. Rocher.

O tédio amargo, ó tédio dos suspiros,
O tédio d'ansiedades!

Quantas vezes eu não subo nos teus giros
Fundas eternidades!

Quanta vez, envolvido do teu luto
Nos sudarios profundos,

Eu, callado, a tremer, ao longe, escuto,
Desmoronarem mundos!

Cruz e Sousa, PHAROS

Vivir — según yo lo siento — no es estar en la tierra, ya sea por cortos o por largos años. Hay individuos que llegaron a los ochenta y no vivieron. Sólo se vive aquella o aquellas épocas que un cruel dolor o un goce intenso pintaron fuertemente, ya con soles trágicos, ya con hermosos resplandores de aurora boreal. Quien no pasó por una de estas dos fases, vegetó solamente, y quien probó las dos, vivió dos vidas.

Maria Enriqueta, EL SECRETO

ESTE libro es un compendio de memorias, no más, ciertamente. Sería pronto para escribirlas; y no creo que llegue nunca la oportunidad de tener de mí cosa que de contar sea. Para memorialista poseo apenas una condición, la de mi aislamiento cauteloso, y aun esa misma sólo aparente, porque no se trata del retiro de

(1) Ofrecemos a nuestros lectores una primicia: la versión española, debida a la impecable pluma de don José María de Cossío, de *Sob a sinza do tedio*, el último y sabroso libro de don Fidelino Figueiredo. Esperamos poder dar el

quien sale de la vida intensa, después de haber intervenido en grandes sucesos, de haber ejercido el poder o dejado sentir su influencia de manera decisiva. Escribo, apenas, como Saint-Simon, una especie de *Mémoires des autres*, atestiguando de un noble espíritu, con el que intimara fraternalmente.

Juzgo que esta conducta será de alguna utilidad. Pienso que todo hombre que no se haya confinado a un mero sopor vegetativo, sino que haya reflexionado algo sobre la existencia, algo tendrá que contarnos de sí mismo o de otros, en la víspera de su declinar, cuando su tristeza—o su filosofía—es una interpretación y no un signo de la vejez decadente; cuando su voz de acentos todavía sonoros y convencidos puede ser entendida de los que quieren escalar la ciudadela misteriosa con armas nuevas y una clara sonrisa de confianza en su verdad.

Tengamos, sin embargo, el buen sentido de no esperar que esta literatura de testimonio aproveche a los renovadores de la grande utopía, a los hijos de nuestra carne o de nuestro espíritu, con la anticipación del viejo sufrir o de alguna alegría sana. No; el mundo está sabiamente organizado. Y una de sus mayores providencias es el carácter precario de toda experiencia individual; el único tesoro que el hombre lleva al sepulcro. Sería cruel que comenzásemos la vida como quien asiste a un espectáculo viejo, de programa conocido, sabiendo cuándo hemos de reír, contrariados y cargados ya del dolor acumulado desde el primer hombre.

Más esta literatura de testimonio, como la llamé, puede servir como forma de orientación espiritual, o como signo de una época; puede no ser desperdiciada para la historia de las ideas y para el conocimiento de algunas almas, las más delicadamente receptivas o las más poderosas para reaccionar sobre su tiempo. La filosofía puede ser también actuación viva y no sólo laboriosa y fría arquitectura de filósofos de oficio...

Justamente es la historia de un pensamiento en acción lo que yo cuento aquí, no una vida amenizada por peripecias sensacionales, mas, me atrevo a creer, que dotada de algún interés psíquico de actualidad.

Como cierre en tres números. Al iniciar su publicación expresamos nuestro agradecimiento tan grande como nuestra satisfacción por el maestro portugués que accedió a nuestro pedido con una distinción que nos honra.

No podría decir mi biografiado lo que de sí concluya el *Doctor Angélico*, de A. Palacio Valdés: «Tengo más de cincuenta años, he estudiado mucho, he viajado bastante, he tratado con los sabios, he escrito, he discutido, y al cabo me encuentro triste, fatigado, con el estómago descompuesto y los nervios en plena rebelión. Los problemas que estaba ansioso de resolver ahí se están frescos y rondos como al comienzo del mundo, y es más que probable que así permanezcan hasta el fin.»

Paréceme que este espíritu de elección, que tuve la dicha de ver cruzar por mi limitada órbita, como deslumbrante meteoro, hubiera encontrado por su propio esfuerzo un camino—¿de verdad?—por lo menos de calma y de buen orden moral, y a tocarle iba tal vez, si en el camino una llovizna de menuda ceniza de tedio no le hubiera asfixiado, como en la osada travesía del desierto, las arenas batidas por el viento...

F. F.

I

DESDE ayer Luis Cotter, el glorioso historiador del *Esplendor y decadencia de la Casa de Austria*, duerme su último sueño, verdaderamente su primer sueño tranquilo, porque ese pobre amigo vivió siempre ausente de las gracias reparadoras de Morfeo.

Como un aerolito pasó fugaz, incandescente, pupila despierta, corazón alto, y apagóse, y su envoltura mortal allá duerme, en su hoyo fresco, bajo la maraña de verdura y de flores.

Fué un entierro discreto, íntimo, sin lúgubres levitas, ni discursos, ni etiquetas. Respetando sus deseos, apenas le acompañamos media docena de amigos, los pocos entre quien él repartiera en su vida generosos su corazón. Apeámonos en una curva, en que la carretera más se aproxima al Monte de Nuestra Señora de la Peña, porque los carruajes no podrían subir la cuesta, pedregosa y empinada, que conduce a la ermita solitaria. Tomamos sobre los hombros la caja y allá seguimos, cabizbajos, callados, delante el padre con su acólito, un motril impaciente, volviéndose a cada

A medida que íbamos subiendo, el horizonte se alargaba, y a cada revuelta del camino podíamos ver los anchos campos verdes y viciosos, los olivares, los chopos marcando los lechos de los ríos, los cañaverales lozanos, las chozas hospitalarias, y allá en último término, el mar, el mar que Luis Cotter amara tanto y a la vista del cual quiso reposar.

En lo alto ya estaba abierta la fosa, en la tierra viva y fecunda, en el atrio de la ermita, a la sombra de un viejo plátano y en el paso forzoso para la puerta de entrada, todo de acuerdo con sus disposiciones. Lentamente, amorosamente, posamos nuestra carga; el padre dijo sus rezos, rezongó el acólito un torpe latín y luego el ataúd descendió a la tierra húmeda.

Verdaderamente entonces, oyendo caer los primeros cavones de tierra sobre la tapa sonora, sentimos que todo acabara, que nunca más tendríamos junto a nosotros aquel grande espíritu, aquel gentilísimo corazón; que aquel dolor era sin remedio. Humedeciéronsenos los ojos, abrazámonos con el alma, hermanados por igual desolación, y comenzamos a bajar, sin gana, con un grande cansancio de cuerpo y de ánimo.

Ya el sol doraba el Océano y el horizonte, en su última explosión de luz y de color; una neblina tenue y albescente adheríase a los campos y por la ladera abajo, tropezando en las piedras y levantando polvo, corrían el padre y su ayudante.

Cuando nos separamos, ya en Lisboa, Cornelio, escultor, el más antiguo de los amigos de Luis Cotter, dijo sentenciosamente, como dando tema a nuestras meditaciones:

—No, esto no puede quedar así. No basta la piedra que vamos a poner sobre su fosa; hay que hacer justicia a este hombre; Piensen en ello!

Pensé bastante en ello, en efecto, y llegué a una conclusión: la de que era yo quien mejor podría contribuir a esa obra de justicia. Justicia que no debía consistir tan solo en encarecer los méritos de su obra escrita, que anda en manos de todos, a la que la mediocridad de los tiempos no privó del sentimiento de la belleza y del amor de la verdad; justicia que consistiría principalmente en reconstruir el alma poderosa y elegida de la que su pensamiento no fué sino una perfecta piedra.

Yo fui el más íntimo amigo de Luis Cotter, desde la infancia.

asistí a la formación de su personalidad sin par, fui su confidente, presté mis oídos de hermano a sus meditaciones en voz alta; intervine en algunos episodios de su vida, de un lirismo conmovedor o de un heroísmo aleccionador como ejemplo; supe de todas sus ideas, de todas las reacciones puestas por su espíritu a la vida, la vida dura, intensa, febril que él vivió; asistí a sus amores; le vi trabajar y sufrir. Y cuando le tocó la ceguera cruel, le presté mis ojos, porque no podía dárseles, tanto me complacía en apagar mi espíritu mortecino ante la luminosidad excelsa del suyo. Creo que es lo mejor de cuanto llevo hecho, esta imitación de la amistad de Xavier de Maistre por Joseph de Maistre, porque tal vez prolongase la existencia del escritor o le diese el suave calor que puso en sus labios una sonrisa de conformidad en sus últimos días.

¿De qué murió Luis Cotter? Los médicos hablaron de síncope cardíaco, como manifestación localizada de una anarquía y asfrenia nerviosa, que ya produjera, sin lesión orgánica, la ceguera. En los diarios de hoy encuentro poco más o menos la misma versión. Mas yo, que tanto privé con él, puedo hacer también mi diagnóstico moral. Luis Cotter murió de tedio, de inadaptación al medio, incompatible con la mediocridad provinciana, las querellas locales, el dominio de la injusticia, la selección al revés, el honor de las superioridades, la ligereza en el juzgar, la incultura casi bárbara. Murió de tedio, esa fatal enfermedad que ya envenenó hace un siglo a los hijos de la Revolución Francesa y viene de nuevo a afligirnos, después de las demoliciones y decepciones del siglo XIX. Era un entediado, como Wenceslao de Moraes, el hombre que cambió su alma, y como Oswaldo Splenger, que sentenció la muerte de nuestra cultura occidental. El impresionista portugués dejó hablar solamente a su sensibilidad delicadamente visual, mas llegó por ese camino a formular claramente su diagnóstico y a hallar el remedio de su dolencia: deseuropeizarse, proyectarse en el maravilloso mundo nipónico. El pensador alemán, por la vía intuitiva, con mirada de águila, nos dió un panorama histórico de culturas acabando su destino, naciendo, floreciendo y muriendo sin continuidad, pasando a montones de ruinas, a «civilizaciones muertas». En su sistema también la cultura europea va cumpliendo su milenario, tendiendo hacia su fin, anquilosándose en el entredicho. Así lo gigantesco de la arquitectura, lo enorme de la

música, el romanticismo de la poesía, el socialismo, el fascismo, todo es para Spengler indicio de ese final de una cultura que el da-
ta del año 1,000.

Luis Cotter leyó mucho la historia, demasiado para creer en la seriedad de la filosofía de la historia. El hombre, abandonado por Dios a las fuerzas ciegas de la naturaleza, lograra erguir culturas, porque un conjunto de capacidades iniciales le había impelido hacia los primeros triunfos. Después alzárase a la ambición de la inmortalidad, a la explicación de la vida y del mundo. Mas Luis Cotter ya no seguía al evolucionismo spencereano en sus presunciones; deteníase prudente y tristemente en un agnosticismo doloroso, doloroso porque nadie como mi pobre amigo sufrió tanto, el dolor de la impotencia de la razón, el conflicto del espíritu de realidad y las altas aspiraciones del alma. El trajo bien en sí, carne de su carne, ese sentimiento trágico de la vida, que Unamuno ha descrito con maestría y que es el gran drama del alma humana y su mayor fuerza al mismo tiempo. Inmortal, el alma peligrosamente adocenarse, incapaz de un heroísmo, de un esfuerzo laborioso, para alguna grande perfección, porque todas, vulgares y completas, las posela ya. El mismo hombre es incapaz de conocer la inmortalidad, recordábame Luis Cotter, señalando las debilidades de la concepción del más allá, en las obras de arte y en las metafísicas religiosas, esos paraísos infantiles musicales, monótonos, como no los deseáramos de nuestra pobreza.

La alegría serena, que era ya parte de esos paraísos de los inmortales, no la comprendía el hombre, que en sus literaturas siempre pintaba la alegría como estúpida o estéril. Tan pequeña era la preparación del alma humana para los estados de alegría que allende una meta próxima, convertíase en fulminante, al paso que para el dolor, por más intenso y trágico, siempre el corazón tenía capacidad de extraerle los frutos agri-dulces, de glosarle en sus enseñanzas de renovación. Sufrir equivale, en cierto modo, a estudiar la vida, el aprendizaje que al hombre más interesa, el más vasto y que nunca llega a su plena realización.

Luis Cotter era, pues, humanísimo y realísimo en su visión del mundo. Su tedio era un conflicto de sensibilidades, de conceptos de la vida y era también el hastiamiento de los valores morales, que la Europa creó y hace un siglo se entretiene en endiosar, re-

balando en la imposibilidad de renovar sus tesoros de emoción y de ideales. No pontificaría judaicamente el fin de la cultura europea, como Spengler, ni repudiaría su alma occidental, como Wenceslao de Moraes, mas no sufriría menos el tedio de nuestro europeísmo, tal como se agravaba en la limitación de la aldeñía portuguesa.

¿Y la solución? Cuando concluyese su *Ensayo sobre el Agnosticismo*, que quería rehabilitar desbrozándole de las lóbregas acusaciones de pereza e impotencia que los exégetas religiosos lanzaran sobre aquella actitud espiritual, cuando hubiese demostrado lo mucho de fecundo y de honrado que en ella había, de verdadera liberación, decía, restaurando con argumentos nuevos el kantismo, inexorable en la razón pura, más humanísimo en la reconstitución de la razón práctica, Luis Cotter proyectaba trasladarse a América para trocar su tedio en saudades y nostalgias. A América, porque había de ser América la salvadora del mundo, y porque sería también, lo esperaba confiadamente, el ambiente salvador de su espíritu. Allí, sin medioevalismo gótico, opresivo y penumbroso, sin los compromisos fatales de una larga evolución histórica, viendo otro paisaje, no más la península ibérica, la Italia y los Alpes de los románticos, ni el sol de media noche y los fjords de Escandinavia, sin este resbalar estéril de lentitudes incomprensibles e invencibles, allí sus ojos y su alma habían de tornar a templarse en la confianza de los alientos nuevos que en su trasplantación ganó la cultura europea. El origen heroico de América, el nuevo apelo heroico de su independencia, el heroísmo de las grandes empresas, el asalto rápido en la conquista de los nuevos progresos y la alegría de vivir, sobre todo la alegría de vivir, en esa fusión de paganismo terreno, coloreado, fuerte y sano, con el cristianismo más ortodoxamente practicante, eran perspectivas que encantaban a mi infeliz amigo.

Mas la ceguera se lo impidió. Con las tinieblas doblóse su tedio, cerráronse los pétalos del alma y dejónos sin tocar los cuarenta.

Si yo supiese—y no dejé de intentarlo—reconstituir toda su poderosa y maga personalidad en su pensamiento, siempre vivo y original, en su imaginación ardiente y rica, como forma nueva a intuitiva de conocer, en su simpatía perspicacísima, en las ter-

nuras siempre acogedoras de mi corazón, habría dibujado un hombre bien representativo. Nótese que yo no intentaré suplantarle sus memorias, ni descubrirle indiscretamente sus amores, ni hacer sin reflexión un libro didáctico, frío y necesariamente infiel. Ni siquiera poseo cartas, para documentarme, porque Luis Cotter vivió tanto conmigo, que bien poco necesitó escribirme. Lo que yo desearía es organizar una parte de su *Idearium*, pero un *Idearium* humedecido de bondad y de dolor, porque mucho más que en sus prodigiosas lecturas, Luis Cotter aprendió en su corazón en los de los que le rodearan, en la naturaleza que religiosamente adoró y en los ojos de las mujeres que amó.

II

A l delinear este intento de biografía espiritual de mi gran amigo Luis Cotter, debatíame entre dos escrúpulos de conciencia dolorosos, porque son contradictorios. Mandan la amistad, la justicia y el conocimiento íntimo que tuve de su estructura mental que yo cuente cuanto de él sépa, mas casi me inhibe la falta de confianza en mí para imitar la fluidez de su dicción y para reproducir la cristalinidad de su pensamiento, selecto, elegante y siempre expresión de vida, más que de frías lecturas. Luis creara un estilo suyo. Y aun cuando por la frecuencia de nuestro trato yo conozca bien la maquinaria interna de ese estilo, no podré nunca, ay de mí, imitarle. Estos conceptos, que voy exponiendo, no llenan la vida chorreante de mi sangre, ni palpitan de esperanzas y sufrimiento, como en Luis Cotter; son reproducciones de otras reminiscencias imprevistas, de cuando yo no creía estar siendo el depositario del legado más precioso de su espíritu. Mas cada uno debe dar el óbolo de amistad, según sus posibilidades; y por eso me decido.

No quiero pasar adelante sin aclarar que Luis Cotter nunca fue, en la conversación como en la obra, un estilista, un retórico o declamador. Su preocupación constante, escribiendo o hablando, era la claridad por la simplicidad y por la variedad. Aborrecía la

complicación enredada, la ostentación de arcaísmos en el léxico y en la sintaxis. Su lenguaje poseía el más perfecto rigor lógico, porque graduaba su adjetivación, pesando la extensión y la significación de cada atributo, de cada verbo; escrupulizaba la elección de los sinónimos, sabiendo que no hay dos palabras de idéntico significado, meticulosamente apuraba la colocación de las palabras evitando las asonancias y cacofonías, las aliteraciones, la preponderancia de este o de aquel sonido, vocálico o consonántico, y esmaltaba el discurso de una variedad magnífica de imágenes sacada de todos los distritos, del mundo moral y de la naturaleza, de las ciencias exactas y de las prácticas populares. Mas quien leyese aquella difícil facilidad tendría la impresión de un aria hermosa y nueva, que un músico de talento compusiese sólo con el hábil y todavía no encontrado orden de las frases musicales más corrientes.

El tenía lo que llamaré su pequeña técnica de estilo, cuando leía en voz alta u oía leer. ¡Oír leer, oír leer, pobre amigo, fué uno de los duros martirios que acompañaron su corta peregrinación por la tierra! Nadie fué en Portugal más erudito de literatura inédita o sólo proyectada que Luis Cotter, a cuyos oídos atentos e indulgentes recurrieran cuantos en este país—y aun algunos de España y del Brasil—querían conquistar la gloria literaria, por medios distintos de los que irónicamente insinuara el Vizconde de San Tirso... En el curso de la lectura, Luis Cotter, con los ojos cerrados, en un aparente alejamiento, y sin un instante de vacilación, iba aconsejando aquí una trasposición, acullá un corte en provecho del equilibrio, más adelante apuntaba tautologías, contradicciones, por lo que para él la gramática era un capítulo de la lógica, ciencia que enseñaba a expresar rectamente el recto pensar. Muchas veces le defendí la necesidad de reformar la terminología gramatical para, en la parte uniformizable entre todas las lenguas, ponerla en el acuerdo más exigente con la ciencia lógica, que él tenía por la más distinguida de las disciplinas filosóficas. Un estudio meditado de la lógica ilustra al hombre sobre las condiciones precarias y humanitarias del pensamiento, y limitale bastante la presunción y la suberbia con que quiere rebasar problemas inalcanzables con sus débiles armas.

El estilo de Luis Cotter, como todo lo que era señal de su per-

sonalidad, fué un estilo vivo, en modificaciones incesantes, paralelas a las adquisiciones e incorporaciones de su inteligencia y de su sensibilidad. Acuérdomé bien de la densidad didáctica, de la sequedad geométrica, del largo período germánico de sus primeros tiempos, cuando salíamos de la universidad y él hacía sus primeras afirmaciones. Esa transformación de su prosa acompañó, como reflejo fiel, a su evolución espiritual.

Cuando hace ya veinte años, Luis entró en la vida literaria—y ya diré lo que él pensaba de «la vida literaria»,—inmediatamente delineó su plan de vida y de trabajo, al que tuvo el denuedo de sacrificar la mocedad y sus mejores energías. Proponiéndose escribir la historia de la Casa de Austria durante su apogeo político, como piedra angular de la explicación de los rumbos que la Europa siguió hasta el liberalismo, comenzó por discutir la metodología de la historia, lo que era una prudente cautela, y también una señal de juventud, pues tengo visto que las teorías tienen su lugar en la fase moza del espíritu. Nos dió entonces la memoria magnífica *De la historia como ciencia*, en la que nos describió todas las operaciones analíticas y sintéticas de la historiografía, apuntó las contribuciones de todas las ciencias, las más nobles, como las naturales, las más humildes como las auxiliares, para la augusta soberana, esa historia que él entonces casi endiosaba como la suprema expresión de la objetividad humana y del interés humano. Después disertaba sobre las condiciones mentales y morales del historiador, modelo enteramente abstracto, y a la luz de ese criterio dábanos una magistral revisión de toda la historiografía, sin olvidar la portuguesa.

Era entonces moda que el candidato a historiador se entretuviese más en discutir la teoría de la historia que en hacer historia. La nociva influencia de la Universidad, con su pedantismo de impotencia, había llevado los estudios históricos a una decadencia de ideologías teóricas, muy semejante, guardadas las distancias, a la que hirió la escolástica en los fines del siglo xv, agotada por esteriles verbalismos. A esa impotencia opúsose otra impotencia, la de los publicadores de documentos; a la universidad el archivo.

A estas alturas fué cuando Luis Cotter, formado en la Universidad y en el archivo, empapado de teorías y empolvado de documentos que nunca nadie ni siquiera catalogara, surgió con su

poterosa organización de historiador, que era un verdadero desafío a esas corrientes de su tiempo. A los pedantes de la Universidad mostraba que la discusión de teorías sólo era provechosa en la medida en que pertrechaba de discernimiento y criterio al investigador; a los dragones que celosamente guardaban los documentos apuntó que los documentos son el cimiento indispensable de la historia, pero que aun no son la historia; y a los declamadores de la política y a los falsos generalizadores de la lógica les demostró la absoluta imposibilidad de formular leyes históricas. La historia estudiaba sucesiones y no repeticiones, era una ciencia de lo particular y no de lo general, buscaba lo más típico y más individualizado de la vida colectiva; no podría, pues, expresarse en leyes que condicionasen repeticiones regulares y fundamentasen la previsión.

Hoy, piensan así todos, aunque los políticos, entre sus sofismas, cuentan todavía «la fatalidad ineludible de las leyes de la historia»; mas, cuando Luis Cotter hizo su demostración en la memoria *De la historia como ciencia*, tuvo que habérselas hasta con el amor propio de los doctrinarios opuestos, porque no se resignaban a presenciar la ruina del edificio de abstracciones falsas, en que se habían perezosamente abrigado. La historia no carece de algo universal, con ser una ciencia de lo particular, proclamaba Luis Cotter; ese algo universal prestábaselo el historiador con versar un valor general, con hacerlo de un modo humano y superior.

Aquí Cotter, todavía en el límite de sus estudios, deteníase en medio de su pensamiento.

Fué preciso que él, un día, se sorprendiese al traicionar su propio programa, para reconocer la necesidad de justificarse, siguiendo entonces, con realismo y buen sentido, hasta el fin. Casi concluía su admirable obra sobre el *Esplendor y decadencia de la Casa de Austria (1517-1700)*, cuando algunos críticos le hicieron ver que el teórico de la *Historia como ciencia* estaba haciendo arte, y del más arbitrario—decían—y del más bello, enmendaré yo.

Efectivamente, el historiador, pasando largas temporadas en España, en las bibliotecas y archivos públicos, en los cartularios familiares, no dejara embotarse su agudísima sensibilidad, ni perdiera su faro psíquico y la pasión de animar caracteres y descubrir los móviles de ellos, porque Luis Cotter no era historiador de he-

chos muertos, era un hombre superior, rendido ante todas las cosas superiores de la vida, y él en la casa de Austria veía algunos tipos superiores de humanidad y algunos dramas, de los mayores y más sugerentes de la vida.

Hombre de recta razón, severamente lógica, y de alada imaginación, no se contentaba con pasar al papel, desordenadamente, los hechos y las fechas que apuraba. Eso sería juntar los materiales de la construcción, pero nunca construir. No bastaba, con apurado saber técnico, proveerse de ellos, amontonarlos; había que, arquitecto inspirado, erguir la fábrica. Esperaba entonces la hora propicia. Visitaba los lugares donde habían ocurrido las escenas que le llenaban el espíritu, meditaba horas seguidas, por los claustros desiertos, y desde las ventanas dismanteladas espía largamente el campo castellano en cuya monotonía él descubría encantos inéditos. Su pupila miope sabía ver las más delicadas tonalidades en esa ceniza hiperluminosa de Castilla.

Toledo, para él la mayor maravilla de la península; Avila, Segovia, Burgos, León, las ciudades más impregnadas de historia de España, viéronle familiarmente de noche, por el empedrado hémmedo, en torno de las catedrales poliestilicas, en los soportales, en las callejuelas, rodeando las murallas, entrando y saliendo en los portales, identificando la toponimia, evocando toda el alma del pasado. Dos semanas esperó una vez en el norte en Compostela, una noche de lluvia y tormentosa, pormenor indispensable para una encarnizada reconstitución.

Provisto de los datos positivos y del conocimiento del escenario, cansado de recorrer los museos de pintura e indumentaria, llegada la hora, poníase al trabajo de redacción, que era el menos fatigante. Pedía tan edlo algún sosiego y recogimiento. En su espíritu la redacción estaba hecha. Mas ese recogimiento asegurado nunca se le proporcionó con egoísmo. Vió muchas veces interrumpidas sus horas más felices, para atender a un desconocido poeta que iba a leerle un poema banal o para abrir su pobre cartera y repartir con otra mayor su triste pobreza. Ya hablaré del drama de su pobreza. La descripción de la batalla de Lepanto fué interrumpida seis veces para acudir, con su voz afectuosa y persuasiva a las tempestades domésticas de un amigo.

Cuando la fatiga o el dormitar de la inspiración le empujaban

la pluma, recurría a la música, el más poderoso estímulo de su inteligencia, porque la fecundaba con la excitación vivísima de toda su personalidad. Oíala en éxtasis, en aquellos arrobos que los viejos cronistas monásticos nos describen en las almas en gracia de los grandes místicos; el cuerpo inerte y el alma vagando por los mundos de la libertad y de la pureza, jaula abierta que espera paciente el regreso de su alado habitador. Le conocí una «amitié amoureuse» por la ternura devota con que siempre se prestó a alimentar la casi melomanía de Luis, vicioso de música como otros de alcohol o tabaco. Podríamos juzgarle, y bien, por la calidad de los espíritus femeninos que atrajo y por el género de sus fragilidades y excesos.

A pesar de lo adverso de las circunstancias, él logró esculpir esas páginas maravillosas de historia verdadera y arte adivinatoria, que son los retratos de los soberanos de la Casa de Austria, Carlos I, los Felipes II, III y IV, y Carlos el hechizado, del duque de Alba, del conde-duque de Olivares; la discusión del problema de la muerte de el príncipe don Carlos, y de las intrigas de Antonio Pérez; la función histórica de la Inquisición, y el balance de su influjo.

Esta obra admirable es, hoy, traducida a las lenguas más divulgadas, el mejor argumento polémico contra la llamada «leyenda negra», contra el descrédito de los pueblos peninsulares, de España principalmente, que los protestantes promovieran en Europa.

Como es sabido, el origen de esa barata filosofía de la historia lo tronco la malevolencia religiosa y la indignación ante la muerte de don Carlos y ante los excesos de la Inquisición.

Después ese fácil pesimismo condenatorio se extendió al juicio de la cultura peninsular. La reacción de la buena crítica contra ella produjo algunas polémicas famosas; la primera, en torno de la apología de Matamoros, salida en 1553; la segunda, provocada en el siglo XVII por Quevedo; la tercera, al fin del siglo XVIII, iniciada por la respuesta de Forner a Masson de Movilliers, redactor de la *Encyclopédie Méthodique*; la cuarta, alrededor de algunas afirmaciones detractivas de Azcárate, Revilla y don Juan Valera, en la que Montañez y Pelayo fué el paladín de la ciencia peninsular.

Después de esa serie de pleitos críticos sobre el valor de las contribuciones del genio ibérico a la cultura humana, hay que contar la discusión de la obra de Luis Cotter, discusión en que el árdidamente intervino, cuando se pretendió desfigurarle su pensamiento central.

III

Los lectores que sigan esta pálida biografía espiritual de mi amigo Luis Cotter, y que conozcan algún escrito de los que por ahí tengo esparcidos, de erudición, crítica literaria o improvisación periodística, han de notar a veces coincidencias de ideas entre mí y el glorioso historiador de la Casa de Austria. Tal coincidencia, sin embargo, sólo demuestra el influjo profundo que sobre mí ejerció la magia de aquel espíritu. Y yo tengo mucho gusto en sacrificar el público concepto de mi originalidad al amor de la justicia y a los deberes de la amistad por aquel que fué para mí como un hermano más viejo y un guía seguro a través del abismo sereno, más difícil de las ideas.

Yo le vi tantear el camino de cautela en cautela, de desilusión en desilusión, en busca ansiosa de un rumbo. Delineando por simpatía y curiosidad fraternal sus esfuerzos, asistiendo momento a momento a la ascensión de su alma, hice, sin saberlo, de sus mismas ideas la esencia de mi pensamiento y me aproveché con su propia experiencia.

Hago de esto, de esta identificación, mejor diría de esta filiación espiritual, como se ve, un título de orgullo y también de derecho a la confianza de los lectores en la escrupulosa exactitud que pretendo en mi relato.

Luis Cotter, que varias veces en su vida diera la impresión de ser un combativo, detestaba las polémicas, aun cuando las tuviera por necesarias en ciertas circunstancias. De las polémicas, como de las disputas de la calle, decía que eran un medio de oscurecer la razón con los subterfugios del sofisma, del amor propio y de la obstinación, mala consejera. Abominaba también de las revolucio-

nes, por la gran parte que en ellas tenían el perjurio, la traición, la violencia, la injusticia y todas las formas de los excesos multitudinarios, pero no negaba la fatalidad de ellas y hasta la eficacia de algunas. Recuerden los lectores los capítulos, de un elevado acento épico a veces, en que narró la sublevación de los comuneros, la revuelta de los Países Bajos contra el dominio de Felipe III, la guerra civil de Cataluña y la restauración de Portugal. Y era tal su conocimiento de la psicología revolucionaria, que pudo darnos esos primorosos perfiles de los jefes amotinados Juan de Padilla, Juan Bravo, Pedro Maldonado y el obispo Acuña, que andan en todas las antologías españolas, traducidas, al lado del relato clásico de la muerte del conde de Santa Coloma, del también nuestro don Francisco Manoel.

Su espíritu pacífico era, sin embargo, más de lo que él y sus amigos querían, accesible a la cólera de la justicia, una cólera casi invencible, siempre creciente, que le redoblaba la capacidad dialéctica, le inspiraba acentos nuevos de convencimiento y ahuyentaba a los adversarios tomados de verdadero miedo físico. Varias veces su quijotismo le llevó a pleitear por la buena causa en estos episodios caseros de autofagia, en que los portugueses de hoy se entretienen; delirantes de acrimonia, de demolición, de furia destructora de todo lo más granado.

Más el momento augusto de su ardor polémico fué la discusión con el profesor L. Gorris, de Leyde, que, reseñando su obra sobre la Casa de Austria, reeditó todas las calumnias achacadas a la dominación española en los Países Bajos, y todos los obscurantismos atribuidos a los pueblos peninsulares por los luteranos y divulgados por la literatura en formas emocionales, y, por tanto, aun más persuasivas.

La opinión pública de la España intelectual se apasionó por este pleito de ideas, que hacía recordar el denuedo y el saber de Menéndez y Pelayo, también quebrando lanzas en 1876 por la cultura peninsular, y hubo quien subrayara el contraste entre el proceder de este portugués, que tan alto erguía el lábaro de las glorias españolas y el de otros, peninsulares también, que desde afuera, las manos dadas en un plano subversivo a sueldo de las intrigas mortíferas de Rusia, buscaban resucitar la funesta leyenda.

Agradecida, la España de hoy liga el nombre de Luis Cotter,

al fin y al cabo un extranjero, y de la nacionalidad para ella más suspicaz, al del alemán Schäfer, que, aunque luterano, habló del Santo Oficio sin pasión antes con justicia; al del inglés Peter, que hizo una calurosa apología de los místicos españoles; al del norteamericano Lummis y al del mejicano Carlos Pereyra, calurosos defensores, de la obra colonizadora de España en América; y al del francés André, que estudió con serenidad las causas de la decadencia del imperio español.

Así fué Luis Cotter, uno de los más ardorosos impugnadores de la leyenda negra y del funesto pesimismo peninsular.

En tanto erguía ese edificio magnífico del *Esplendor y decadencia de la Casa de Austria*, varios problemas particulares se le depararon y no dejó de abordarlos y esclarecerlos. Esos estudios parcelarios, hechos «a latere» del cuerpo principal de la obra, constituyeron el grueso volumen *Estudios de historia peninsular*, en que se ostentaba con brillo sorprendente la multiplicidad de sus talentos y la variedad de su cultura.

Tratando aquí el pleito de las Islas Molucas entre don Juan III y Carlos V en sus relaciones con los intereses políticos, con el derecho y la cartografía; versando más adelante el problema de la moneda y sus conversiones en su relación con la vida económica del Estado y la fortuna privada; ampliando a la península algunas de las tesis de J. Lucía de Azavedo sobre los judíos portugueses; describiendo todo el mecanismo funcional del Santo Oficio, a la luz de sus regimientos, pero, más principalmente sobre la realidad de sus procesos; pormenorizando algunos aspectos del dominio castellano en Portugal, mucho más amable de lo que lo hace el juicio corriente, sobre todo en el reinado del primer Felipe, hay siempre que admirar el recto discernimiento lógico, el agotador de la información bibliográfica y documental, el espíritu de justicia, la amplitud de miras y la fluencia bellísima de su prosa.

Pero esa mentalidad estaba muy lejos de ser la de un especialista, automáticamente metodizado, que se inmovilizase en la aplicación, aun muy diestra, de las mismas ciegas herramientas.

Nunca conocí un espíritu más inquietamente celoso de volar, ni mejor servido por un conjunto de predisposiciones ricas sin exclusión de un querer fuerte. Si cogía algún fruto del cultivo de alguna especialidad, al punto partía a la conquista de nuevos hori-

zotes, ávido de libertad y de novedad. Y el fruto que él cogía y que tenía por ganancia, no era la obra realizada, que quedaba y el público guardarla. No, eso era para él un despojo muerto, abandonado, de un trabajo que pasara y del que se desilusionara; su fruto era el enriquecimiento espiritual, era lo que consigo quedaba, era la adquisición nueva sobre la vida y los hombres, el subsidio guión de su rumbo, el dato inédito para el perfil de su personalidad. Con embarazo volvía a esas materias, cuando los editores le pedían nuevas ediciones, si tales materias no eran ya actuales para su espíritu. Era un sentimiento de probidad mental semejante al de Antero de Quental, uno de sus grandes poetas, que destruyó sus poesías «lúgubres» cuando llegó a la fase de tranquilidad «en la mano de Dios, en la derecha».

Luis Cotter expuso este su concepto ético y psíquico del especialismo en el prefacio de sus *Estudios de historia peninsular*, concepto naturalmente poco estimado de los Topsius de vario género que ven sólo en el especialismo una división infinitesimal del trabajo, de que es capaz la inteligencia menos favorecida. Con agudeza escribió un crítico francés, para quien ese prefacio no pasó inadvertido: «Les *Estudos...* expriment au même temps les vues les plus judicieuses sur l'alternance nécessaire de l'analyse et de la synthèse et la réhabilitation de l'esprit philosophique en matière de critique et de histoire. A ce titre la préface du livre est une plus lumineuse profession de foi.»

Antes de abandonar los estudios históricos, Luis Cotter, aprovechando su experiencia de tres lustros, completó su teoría de la historia. A la monografía, programa o compromiso *De la historia como ciencia*, en que se sentía la juventud idólatra de ideologías, puso la memoria *De la historia como arte*, en que procuraba justificarse de sus infidelidades al programa inicial de historia científica, que repetidamente practicara y que sus críticos no dejaron de tildar. La historia, declaraba él ahora, podría ser científica en el apuramiento de los materiales, en la metodología preliminar, en todas las preparaciones analíticas, en la disposición mental del historiador y en algunas de sus conclusiones, mas era siempre e innegablemente artística desde que el historiador pasa a su arquitectura. Y tanto era así que, o los materiales eran insuficientes para la construcción, y había por consiguiente largo margen para

la conjetura, para la ilación hipotética, esto es, para la contingencia; o sobre los mismos materiales espíritus diversos regulan distintos edificios, como en los concursos artísticos sobre temas fijos y de condiciones uniformes. Para hacerse historiador no bastaría nunca la estéril preparación escolar de teorías y métodos; había que tener vocación de historiador, tan caracterizada y tan creadora como la inspiración poética, la imaginación del novelista, o el alto espíritu crítico. Hacer historia era animar la resurrección de una época y en esa resurrección entraban por mucho la inteligencia de los caracteres y sus objetivos, de los intereses y de los sentimientos, de lo que más individualizado y también ya más extinguido había en las almas, y eso no hay metodología que lo enseñe a hacer, si la intuición prontamente adivinadora del historiador no lo adivina. ¿Hácese un poeta con la lectura de tratados de versificación; hácese un filósofo con la sola erudición filosófica? Sólo la vocación temprana o tardía, simple o asociada a otras secundarias, oculta o revelada, hace al historiador, y sólo ella hace todo lo grande en el mundo. Porque la vocación es la irresistible inspiración individual, es un imperativo categórico que domina todo nuestro ser y lo impele hacia un destino elevado, es una armónica excitación de las facultades del alma, a que todo lo ordena y subordina, dulce y firmemente, la facultad esencial. Todo lo que el hombre hacía, por libre inspiración individual, era para Luis Cotter materia y trabajo de arte. Y así, artista no era sólo el pintor que combinaba sus colores, el poeta que enlazaba sus imágenes y sus ritmos, el escultor que arrancaba del mármol inerte la vida, el músico que pensaba con sonidos; artista lo era también, y eminentemente, el general que con un golpe de genio que ningún tratado de organización, de táctica o de estrategia militar le enseñó, decidía de la suerte de un ejército o de un país; artista era también, e inspiradamente, el político que con sus dedos geniales moldeaba la arcilla humana; artistas cuantos en vez de fríos y automáticos aplicadores de preparaciones profesionales, en vez de piezas ciegas de máquinas, libremente creaban, buceando en el fondo de sus reservas morales lo que ninguna teoría puede dar.

Y Luis Cotter, haciendo calurosa apología de los historiadores, artistas, de los maestros de la resurrección psíquica, de los descriptores y de los retratistas, ampliaba su pensamiento y loaba las

grandezas y fecundidades de la vocación, como señal preclara del heroísmo, esto es, de la soberanía de la individualidad. El heroísmo fué por este tiempo uno de los «leit-motif» de su meditación, siempre más sugerida por la vida que por la lectura.

Pero me reservo, para en otro capítulo de este «idearium» exponer alguno de los conceptos primordiales de la filosofía de Luis sobre su tiempo, sobre su tiempo, nótese, porque el mayor interés de este espíritu peregrino es ser de su tiempo, en los ideales, en el sufrimiento y hasta en la derrota en que sucumbió.

IV

La batahola de la vida diaria y después una enfermedad obligáronme a interrumpir este intento de reconstitución de uno de los más claros espíritus y de los más afectuosos corazones que, fuera de la órbita de la santidad, Dios ha dejado divagar por este mundo injusto o incomprensivo. La atribución de la injusticia es mía por ahora; la de incomprensión es de Luis Cotter, de cuyo agnosticismo doloroso tendré ocasión de hablar, cuando resuma sus ideas filosóficas.

Goethe, el esfingico Goethe, que también amó alguna vez en su vida, escribió el *Werther* para desembarazarse de la idea del suicidio y de la obsesión torturante de un amor infeliz.

Y su madre, la consejera de Goethe, cuando fué confidente de los ingenuos amores del olímpico poeta de Weimar con la exaltada Bettina, indujo, a ésta, para calmar sus ansiedades, a escribir la historia de esos amores y enviársela a su inspirador.

Nunca he experimentado la eficacia de la receta, en materia de amores, seco de imaginación y avaro de las travesuras del dios amado, como he sido; mas, como expediente para atenuar o combatir un grande dolor, puedo atestiguar de su esterilidad. Escritas en numerosas páginas, ningún alivio ha venido a refrigerar mi dolor, porque cuanto más busco en los dobleces de mi memoria los recuerdos del hombre superior, que el engranaje de mediocridad

de este país asfixió, más se aviva la saudade irremediable. Y pocos dolores habrá más tristes que el de presenciar el loco desperdicio colectivo de la energía, del talento y de la virtud.

Prosigamos.

La historiografía fué un punto de apoyo transitorio para su emancipación espiritual—decía Luis Cotter, observando que se es intelectualmente adulto muy tarde, bastante después de la plenitud física; muchas veces esa emancipación llega cuando ya comienza la decadencia del cuerpo.

Y así sucedió con él. Sus ojos ya envejecían. Dos veces la falta de vista súbita, con neuralgias, le avisara. Los médicos explicaron el fenómeno como bruscas contracciones vasculares, y recomendaronle cautela sobre su estado general.

El, por el contrario, juzgó que era tiempo de apresurar su tarea.

Todo hombre de intensa vida interior y con agudeza de observación introspectiva tiene un sentimiento vital, especie de autocultación íntima, que le dice el «quantum» de sus reservas físicas y de su duración.

Luis Cotter presintió que la proximidad de la cuarentena era para él principio de la declinación y por eso, nerviosa y avaramente, quiso aprovechar las últimas energías, como aspeado viandante en su última etapa.

Fué por esa época de intelectual sobreexaltación cuando él compuso esa obra maestra de síntesis y de crítica, que es la *Ciencia Portuguesa*. Recuerdo bien la génesis del libro. Luis Cotter proyectaba un librito de lecturas escolares y patrióticas en que describiese a los niños portugueses todos los grandes servicios de la patria a la civilización, todas las preeminencias de nuestra tierra. Mas luego comprobó que para vulgarizar era preciso haber más, y que en este terreno, donde apuntaban análisis parciales, todavía no se hiciera una construcción de conjunto, ni se habían aglutinado los servicios.

Existía, además, otra razón para hacer obra grave y nueva, en vez de simple vulgarización infantil; correspondíanos, alegaba él, destacar nuestro esfuerzo del acervo confuso de tono polémico y saturación bibliográfica, que era la *Ciencia Española*, la obra menos sólida de Menéndez y Pelayo.

El libro es bien conocido, mas yo no me dispensaré de reseñar su opulento contenido; tan familiarizado estoy con él.

Luis Cotter comienza por una introducción sobre las condiciones para el movimiento científico, que él creía muy diferentes de las expuestas por Alphonse de Candolle, y por mí parcialmente indicadas en un pequeño estudio sobre materia afín. Aseveraba que todas las sociedades de una existencia larga y normal creaban su ciencia, porque ella les era necesaria para su sostenimiento y porque en todos los hombres existía el embrión de la curiosidad científica. El espíritu más vulgar tiene impulsos estéticos, intelectuales y filosóficos; la cultura y la genialidad tan sólo les amplían el circuito.

Sociedades que no habían heredado ciencia, porque formaban tipos autónomos de evolución, sin precedentes, ni secuencias, creaban con sus recursos propios una cultura científica, como Robinson en su isla. Mas si esas sociedades llegaban a tomar una forma de equilibrio orgánico propia, creando un tipo social y una finalidad determinada, como Grecia, como Roma, como la civilización ibérica, entonces al desempeño de esa función histórica correspondía un desenvolvimiento científico bien diferenciado, porque la ciencia se beneficiaba de aquella potencialización de energías. La ciencia nacía así utilitariamente de la necesidad y acompañaba con riguroso paralelismo la evolución social, de cuyos recursos dependía. Quedaban fuera de su teoría los casos geniales y las negaciones o vocaciones colectivas para ciertos distritos científicos, que él decía caber en la metapsicología, disciplina que sólo le hacía sonreír...

Aplicando a Portugal su teoría, Luis Cotter veía en el período de los descubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi la verdadera función nacional, para cuyo cumplimiento se drenaran todas las energías del pequeño pueblo, en una desviación de hiperbólica. Naturalmente, al estudiar el fondo del cuadro social, en que se hizo el desenvolvimiento científico que nos iba a describir, Luis Cotter tornaba a su idea queridísima de loor del heroísmo. Sólo en la valorización psíquica del animal humano encontraba Luis el factor elemental de todo el progreso. Efectivamente, sólo por el predominio de la calidad sobre la cantidad pudieron obrarse tales cosas.

En el siglo xv, cuando Portugal inició el ciclo de sus descubrimientos geográficos, su población no iba mucho más allá de un millón de almas, de las cuales se utilizarían para la máquina del Estado, para andar sobre el mar y para conquistar y colonizar nuevos mundos apenas unos trescientos treinta mil hombres útiles.

Con ese puñado de hombres superiormente dotados, creyentes en las sanciones de la vida eterna, y con sus rectos descendientes, fué con los que Portugal creó la navegación de altura, saliendo de los tímidos métodos medievales, costeros y mediterráneos; fueron esos hombres, quintaesenciados en una nata de selección, los que revolucionaron la construcción naval, fundaron todas las ciencias auxiliares de la navegación, la meteorología, la astronomía náutica, la cartografía, la oceanografía; ese bravo puñado fué el que recorrió por primera vez todo el continente africano, el Océano Indico hasta el Japón, el que atravesó el Atlántico en todas direcciones hacia Terra Nova, hacia la Península del Labrador, hacia el centro y hacia el sur de América; el que rebasó florestas y subió ríos; pobló desiertos, sometió pueblos enteros, evangelizó y civilizó. Después, cambiando productos o transplantando culturas, aumentó la riqueza del mundo y en su exploración inauguró normas económicas, variadas según las condiciones locales.

Los portugueses, que tales cosas hicieron, ampliar el mundo y diversificarse en dones y capacidades multimodas—las de navegador y de guerrero, las de político y de hombre de ciencia, las del heroísmo victorioso y las de la prudencia cautelosa, las de comerciante y las de misionero, y aun más, la inspiración del poeta y la reflexión del historiador que tales glorias exáltasen,—los portugueses de entonces eran aquellas fisonomías abiertas, iluminadas por la claridad de un ideal, aquietadas al hábito de la fe, fuertes en el concebir y en el querer, superiores a los perances de la fortuna, que vemos retratadas en las tablas de Nuno Gonçalves en tan flagrante contraste con los degenerados de hoy!

A este momento augusto correspondió necesariamente un intenso desenvolvimiento científico, condicionado por la necesidad. Y a seguida el historiador describía esa cultura del quinientos, vivida, no enterrada en caprichosas enciclopedias, como las del siglo xviii: la ciencia de la navegación, la cartografía, el estudio del mar, la geografía física y étnica, la botánica exótica como aplicación far-

macológica, la filología oriental, la apologética variando sus métodos de combate, las misiones científicas al Brasil, de portugueses y extranjeros al servicio de Portugal, para proceder al reconocimiento de la tierra, las matemáticas, la geología y la mineralogía, la medicina, la economía, el derecho que acudía a justificar las conquistas de la espada, la filosofía tan ortodoxa como la religión, que fundía todo en una concepción armoniosa de la vida y del mundo.

El realismo es el rasgo característico de esa cultura científica, poco preocupada de la especulación pura de la ciencia por la ciencia. La cartografía y el derecho curvaronse a veces a las exigencias de la política y del interés nacional. Así sucedió, por ejemplo, en el pleito de las islas Molucas, y en la polémica del «mare claustrum».

Mas Luis Cotter, con su teoría, no desdénaba la actividad intelectual de los portugueses, anterior y posterior al gran siglo; oportunamente nos hablaba de San Antonio y de Pedro Julián, creadores de nuestro pensamiento filosófico; de Pedro Santerna, el primer escritor de seguros; de Ribeiro Sanches, de Joao Loureiro, aproximándose ya a los tiempos modernos.

Con reconocer la ortodoxia de la filosofía portuguesa, no se olvidaba de Francisco Sanches, fundador del escepticismo crítico. Y muy originalmente porque no consideraba como Horacio y el viejo de Restello, una vanagloria el arte de mandar, nos dió una magistral revista crítica de nuestras teorías de Gobierno absoluto, los tratados del *Arte de reinar*, las *Summas políticas*, los *Regimientos de los principes* hasta el *Nuevo principe*, de Gama y Castro. Mostraba el acuerdo de esas teorías políticas de gobierno con las corrientes coetáneas, mas hacia destacar el fondo de realidad de esas especulaciones teóricas, todas inspiradas en prácticos ejemplos presenciados por los teorizantes.

Y el crítico, convirtiéndose en hombre de Estado, buen conocedor de la vida de hogar, cerraba su obra con una conclusión admirable sobre el problema de la cultura en su aspecto contemporáneo, con soluciones positivas para su fomento.

Así se cerró el ciclo nacional de la carrera de espíritu de este autor, para quien la vida breve fué siempre una ascensión para elevar y dominar nuevos horizontes.

(Continuad.)

L O S P O E T A S

Eduardo de Ory

He aquí uno de los más ilustres escritores actuales de nuestra habla, que por su relevante personalidad artística, por su copiosa y compleja labor literaria no puede pasar desapercibido por EL CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO, siempre vigilante de los altos valores de las Letras, cuya producción poder ofrecer a sus lectores.

Como pocos escritores contemporáneos, Eduardo de Ory ha destacado desde bien temprano una personalidad firme, inconfundible. Nacido en 1884, a los catorce años ya publicaba su primer artículo; de los 22 á los 24 obtenía lauros en certámenes, dirigía periódicos y daba a la stampa libros; a los 30 era ya, indudablemente, uno de nuestros mejores poetas.

Y paralelamente a cómo se manifestaban sus excepcionales aptitudes, vese lo vario de las mismas. No es Ory solamente el poeta inspirado, sereno, de exquisita forma y filosófico y humano sentimiento; el «armonioso y galano cantor» como le llama el ilustre crítico y académico Cejador, sino el agudo crítico, el brillante periodista, el americanista constantemente preocupado del problema de la difusión y supervivencia de la lengua y el espíritu hispánicos.

Pero para trazar la silueta de este insigne artista del pensamiento y de la belleza, siempre en constante superación, y hoy en su plenitud, precisaría disponer de gran espacio. A la vista tenemos un libro de casi 200 páginas consagrado por entero a la compilación de los juicios críticos—siempre francamente ditirámicos—que la obra de este poeta ha merecido en lo que va de siglo a las más relevantes autoridades literarias de España y América. De los cuarenta, cincuenta o más prestigios que dicen en esas páginas lo que

nosotros pudiéramos apuntar aquí como cualidades características del ilustre escritor, descuellan, por su significado relieve en la época, los siguientes: Condesa de Pardo Bazán, Concha Espina, Valera, Fastenrath, Reina, Pichardo, Cabazán, Estelrich, López Ballesteros, Zamacois, Salcedo Ruiz, González Anaya, Dominici, del Valle, Escalera, Foncueva, Lassa, Alonso Cortés, Guijarro, Monterrey, González-Blanco, Ugarte, Aguilar y Caño, Muñoz San Román, Colombine, Rueda, Lapi, Casal, Fernández Saw, Gómez Restrepo, Valverde, etc.

Eduardo de Ory vive en el mismo lugar en que abrió los ojos a la luz: Cádiz la bella y riente ciudad atlántica, cuna de la Libertad. Allí, alejado de venáculos y de la forzada lucha individualista de hoy, entregado por entero a su labor literaria, va produciendo libros y colaboración para algunas de las mejores revistas de España y América, a la vez que formando una de las mejores bibliotecas de escritor que a buen seguro existen, y siendo alma de «España y América», la brillante publicación mensual, insuperable tribuna del genuino iberoamericanismo. Por si esto fuera poco, aún cuenta con energías para atender a la representación consular de algunos países americanos.

Tal es, muy sucintamente trazada, la semblanza de Eduardo de Ory. La lista de sus libros y la reproducción que seguirá de algunos de sus versos, corroboran nuestros elogios a la cantidad y pureza de ley de la obra de este singular artífice de la gloria y el prestigio de la Belleza y de la Patria.

Bibliografía. — Verso: «Aires de Andalucía», «Laureles Rosas», «El pájaro azul», «La Primavera canta», «Sonetos», «Mariposas de Oro», «Alma de luz», «Lo que dicen las campanas», «Mármol líricos», «Caravana de ensueños», «Hacia las cumbres», «Cascajes de plata» e «Inquietudes». Antologías: «La Musa nueva», «Parnaso colombiano» y «Rarezas literarias». Prosa: «Gómez Carrillo» (estudio crítico), «Desfile de almas», «Manuel Reina» (estudio biográfico), «Rubén Darío» (estudio biográfico), «Amado Nervo» (estudio crítico), y «Aspectos».

A. D.

CASCABELES DE PLATA

Cascabeles de plata... Mis canciones
voy rimando en la noche azul y grata
entre sonoros y acordados sonos
de cascabeles rítmicos de plata...

Son siempre deliciosa serenata
para los amorosos corazones :
son arpeggios al fin... modulaciones
de cascabeles rítmicos de plata...

Cuando vuelven a mí las ilusiones
y recuerdo pasadas emociones
que mi vida de ayer hicieron grata,

vuelvo a tejer mis líricos renglones :
¡y suenan mis quiméricas canciones
cual cascabeles rítmicos de plata... !

NO DESPRECIES LAS COSAS

No desprecies las cosas por pequeñas que sean :
la más leve partícula tiene su corazón...
Todo en el mundo tiene un alma y todo siente
—cuando llega su hora—una voz interior...

¿La piedra de la calle no cruje ante la rueda
del coche, cuando pasa? Es que expresa su voz,
su pesar, su infinito pesar, porque no puede
quejarse de otro modo al sentir la opresión !

No desprecies la cosa más pequeña. La gota
de agua que contemplamos sobre cualquiera flor
¿no será, acaso, una lágrima cristalina
o un beso del rocío, de pena o de pasión?

La breve mariposa, ¿no será un alma errante,
un alma enamorada, palpitante de amor,
que va en pos de una rosa, para libar sus mieles
y cambiar, en un beso, la más grande ilusión?

No desprecies las cosas por pequeñas que sean;
cada una, a su modo, tiene un ritmo interior;
un algo que palpita, que siente y que se queja:
¡y es porque cada cosa tiene su corazón!

EN CADA TREN QUE PARTE

En cada tren que parte una ilusión se aleja...
un ensueño se rompe, se disipa un amor;
¡son los trenes eternos torcedores del alma!
¡son fantasmas que llenan de luto el corazón!

¡Cuántos amores, cuántos, se fueron en los trenes
y ya jamás volvieron! Recuerdos de dolor
acuden a mi mente, evocando esas tristes
despedidas que dejan imborrable emoción!

¡Qué hondo pesar refleja el «adiós» de una novia!
¡Y el «adiós» de una madre, cómo dice su amor!
¡Oh trenes, negros trenes, que pasáis por la vida
dejando sólo lágrimas! Al recordaros yo,

pienso en esas muchachas de todos los andenes
cuando los trenes pasan... ¡que, llenas de ilusión,
sueñan con un apuesto galán, que nunca llega,
porque el tren donde viaja siempre pasa veloz!

EL ALMA DE LAS COSAS

En el maravilloso e inmensurable Todo
cada cosa nos habla y nos canta a su modo.

Desde lo más excelso, hasta la tenue espiga
que, al brotar, se dijera que teje una cantiga...

Desde el leve gusano hasta la rauda estrella
que deja en el espacio una fúlgida huella...

Cada cosa, a su modo, dice su poesía:
todo en la vida canta con áurea melodía.

Cuando las rosas abren sus perfumadas pomas
¿no dicen bellos himnos, simbólicos, de aromas?

El ave, cuando canta, ¿no modula una rima?
El sol ¿no dice un salmo destumbrante en la cima

de la cumbre gigante, cuando su luz reposa?
¿no dice su canturía de alas la mariposa?

Mas no todas las almas gustan de estos encantos:
¿no todos los oídos perciben estos cantos!

Hay músicas sublimes que no son comprendidas:
¿sutilezas al vulgo? ¿serán inadvertidas!

¿Qué sabe de armonía la muchedumbre necia?
¿Por eso que la ignora, constante, la desprecia!

Para almas exquisitas se hicieron los lirismos:
¿no para las que sólo gustan de prosalismos!

Poeta: eres dichoso sobre todas las cosas,
tú interpretas los tenues perfumes de las rosas,

las trovas de las aves... lo que es sutil y leve:
¡para ti nada hay vano, despreciable, ni breve!

¡Por algo el gran artista de la Naturaleza
dió a tu espíritu noble sensación y belleza!

¡Por eso de los ritmos de la vida eres dueño,
y en realidad conviertes tu quimera y tu sueño!

FRENTE AL MAR

Frente al mar atlántico tejo mis canciones;
el mar es mi amigo: él meció mi cuna,
y oyó de mis versos las modulaciones
las noches de luna...

El frente a mi casa llega con sus olas,
y yo con mis rimas sus ecos respondo:
y surgen mis cantos y mis barcarolas
a su rumor hondo...

Mar azul: tú sabes todos mis anhelos,
todas mis venturas y todos mis duelos;
¡cuántas veces, cuántas, te conté mis penas
mientras reflejaban la luz de los cielos
tus ondas serenas!

Por eso, hoy que rimo penas y alegrías,
consagrarte quiero las estrofas mías,
plenas de sentires, llenas de emociones...
¡Pues fuiste testigo de todos mis días,
toma mis canciones!

SÍMBOLO

Me llevaste, Poesía, de la mano
cual si fueras mi novia... En los vergeles
tu inspiraste mi canto. Y los rondeles
surgieron a tu impulso soberano.

Nunca podré olvidarte. ¡Que no en vano
—al besarte tus labios, siempre fieles—
bebí en tus besos aromadas mieles
que en ritmos pude convertir, ufano...!

Por eso, cuando llegue el día postrero
de mi vida, oh amada, sólo quiero
que en tus brazos me arrulles... Desearía

morir en un ensueño de ideales,
recordando los días primaverales
en que iba de tu mano, Poesía...!

LA MEJOR POESÍA

El mejor verso, siempre, es el que no se escribe:
la más bella poesía o se sueña o se vive.

La palabra no expresa toda la melodía
y es porque, muchas veces, es incolora, fría...

No dice, exactamente, todas las sensaciones
que sienten los humanos, sensibles corazones.

Porque es todo en la vida sensación, sentimiento.
—Lo demás no merece el más leve comentario.—

Los ojos...—¡oh los ojos de la Mujer amada!—
tienen más poesía que la mejor balada.

Los catorce renglones de un soneto precioso
¿qué valen, comparados—¡oh poeta vanidoso!—

con los catorce años de una mujer bonita?
¿Ante canción tan bella qué es la canción escrita?

¿Y el madrigal más lindo acaso no es aquel
que, en un beso, nos dieran los labios de clavel?

SINCERIDAD

Yo quisiera en mis afanes
de soñador y poeta
decir todo cual lo siento:
interpretar la belleza
que en mi espíritu inquietante
hondamente se refleja.

Amo el arte y a él le rindo
homenaje en mis cadencias
y en mis ritmos, cuando trazo
en el papel las ideas:
esas ideas que adoro
como el buscador de perlas
ama sus moluscos...

Creo
que las ideas excelsas
—esas que tanto ambiciono
y que jamás conseguiera—
valen más para el artista
que las más preciadas perlas!

Por eso, siempre que escribo,
me lleno de honda tristeza,
al pensar que, en mis afanes
de crear estrofas bellas,
nunca obedece la pluma
a lo que el alma le expresa.

¡ Ah! Si en mis horas de ensueño
—largas horas de quimeras—
pudiera decir las cosas
que en mi espíritu revuelan!
¡ Esas esencias ignotas
que, en los sueños de poeta,
cual mariposas de oro
dejan luminosa estela!



Glorias Brasileñas

por José Maria Latino Coelho

Conmemorando el primer centenario del nacimiento del insigne académico José Maria Latino Coelho, la «Empresa Literaria Fluminense» proyectó la edición de sus obras, encomendando la compilación a D. Arlindo Varela. Del primer volumen, «Paginas Escollidas», es este artículo que ofrecemos a nuestros lectores.

Foi o Brasil a pátria de José Bonifácio de Andrada e Silva. S. Paulo a provincia onde nasceu. Terra, onde parece vivera em intimo consorcio a uberidade nativa do Novo Mundo e o caracter energico e tenaz do europeu.

Ao contemplar quanto, nos fins do seculo XIII, se desentranha no Brasil a natureza em dar á luz tantos e tão singulares entendimentos, bem podera dizer-se que a terra americana de longe se dispunha e apparelhava com pródigo cuidado, para abrigar no seu girão immenso uma nação poderosa e independente. As épocas memoraveis vem sempre e em toda a parte precedidas e quasi annunciadas pela turba das valentes e grandes vocações. Vêde ao concluir a idade media, como vem brotando copiosos e fecundos os espiritos eleitos, que estão já prenunciando a Renascença. Vêde como os celebres talentos se succedem quando está a ponto de travar-se a requesta memoravel em favor da livre consciencia religiosa. Vêde como a França do XVIII seculo faz surgir das suas entranhas os grandes justadores da palavra escripta, philosophica, antes que appareçam nas assemblies revolucionarias os heroicos justadores da oração ardente, improvisada. Vêde como a Alemanha se apercebe desde Leibnitz até Schelling, desde Goethe a Haackel para a admiravel metamorphose, que lhe põe nas mãos, com a unidade nacional, o sceptro da civilisação.

Quando se ia aproximando o termo improrogavel d'esta longa gestação, em que Portugal, o povo descobridor, haveria de brotar do seio a sua maior e derradeira criação — um imperio florente

além do Oceano, — os homens eminentes começam a nascer na terra destinada a quebrar as algemas de colonia para cingir o diadema de nação. Pullulam os bons engenhos na terra de Santa Cruz. A natureza americana como que se correra e affrontara de que só lhe attribuissem por unica vantagem a fecundia inexaurível dos seus veios metalliferos e das suas florestas millenarias. Não se diria que a Europa tinha por graciosa concessão da Providencia, o privilegio do talento. A America para justificar a sua pretensão á independencia, carecia de mostrar ao Velho Mundo que as sementes intellectuaes, trasladasdas á sua gleba, filhavam e produziam messes tão copiosas e sazoadas como nas ribas orientaes do Atlantico.

D'entre os celebrados escriptores, que tendo florecido no século passado n'elle mesmo perfizeram a carreira, quem não applaude Antonio José da Silva, o ousado restaurador do theatro portuguez, o malaventurado christão-novo, a quem a natureza consagrou os loiros de poeta, a intolerancia a corda do martyrio? Quem não conhece a José Basilio da Gama, o cantor épico do Uruguay? Quem não leu a frei José de Santa Rita Durão, que de tantos annos precede a Longfellow, na formosa concepção do poema fielmente americano? Quem não sabe de cór algumas d'aquellas sentidissimas endechas, com que Thomaz Antonio Gonzaga, o metacolloco *Dircen*, tomou um logar de honra na literatura patria e alcançou a lauréola de insigne entre os lyricos de Portugal? Quem não ouviu fallar de Claudio Manuel da Costa, de Alvarenga Peixoto, a quem o estro fez semelhantes na inspiração, a liberdade irmãos no sacrificio, a fortuna eguaes na adversidade? Quem não sabe que os tres ultimos poetas ficaram igualmente memoráveis como as victimas illustres immoladas na primeira tentativa de quebrar os grilhões coloniaes?

Nos fins do século xviii e nos primeiros decennios do século xix—digamol-o sem vaidade nacional—a maioria dos nossos talentos mais formosos haviam tido o seu berço no Brasil. A lyra portugueza honrava-se com o nome de Pereira Caldas, o poeta de inspiração religiosa. Brasileiro era tambem Antonio de Moraes Silva, que dotara a litteratura nacional com o mais copioso dictionario, que em seu tempo se escrevera. Brasileiro Hippolyto Costa, o patriarcha dos jornalistas de Portugal e do Brasil. Brasileiro

o que podemos appellidar na ordem chronologica o primeiro economista portuguez, o bispo de Elvas, D. José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho. Brasileiro o eminente geometra e professor, antigo secretario d'esta Academia, Francisco Villela Barbosa, marquez de Paranaguá, um dos mais illustres cooperadores na fundação do imperio americano. Brasileiro Manuel Jacintho Nogueira da Gama, lente da academia de marinha, depois marquez de Bae-pendy, e notavel estadista, que divulgara em Portugal, vertendo-as em portuguez, algumas obras classicas de hydraulica e applicara a chimica moderna a importantes problemas da vida industrial. Mas era sobretudo nas sciencias naturaes, que as glórias nationaes se deviam principalmente aos que tinham nascido em terra americana. Vicente Coelho de Seabra fazia resplandecer em Portugal com os seus *Elementos de Chimica* os primeiros clarões da sciencia já rebelde ás phantasiosas tradições da alchimia e da spagyrica. Fr. José Mariano da Conceição Velloso deixava o seu nome memorado entre os botanicos pelos seus valiosos trabalhos originaes, entre elles a *Flora fluminense*. Alexandre Rodrigues Ferreira percorria o Amazona como infatigável explorador, e alliava ás suas glórias de egregio naturalista o funesto destino de uma existencia attribulada. João da Silva Feijó com as suas explorações transatlanticas e os seus escriptos mineralogicos legava de si honrada fama, como investigador da natureza. Manuel Ferreira de Araújo Camara, companheiro de José Bonifacio nas excursões scientificas pela Europa, se não equalava o nome do collega, inscrevia-se como um dos notaveis representantes da sciencia em Portugal. Mello Franco e Elias da Silveira ambos nascidos no Brasil, ambos secretarios da nossa sorporação, illustravam a medicina portugueza com os seus livros e memorias, estampadas por esta Academia.

Esses homens, que ennobrecem presentemente a historia intellectual do imperio brasileiro, então eram ainda portuguezes. Em Portugal reflectiam o seu luzimento, a sua gloria. Cultivavam as suas patrias. Ensinavam nas escolas, honravam as academias, serviam no exercito, nas dignidades ecclesiasticas, nos officios da magistratura. Entre elles era certamente o primeiro pela sciencia, pelo engenho, pela função que devia desempenhar na vida do seu povo, o doutor José Bonifacio de Andrada e Silva.

La isla de oro

por Mario Verdaguere

Reproducimos algunas páginas de este nuevo libro de Mario Verdaguere, que será sin duda uno de los acontecimientos literarios del año. Fantástico y pagano, moderno en la factura y en la forma, rico en emoción y en color, «La Isla de Oro» sugiestiona y conquista para su autor uno de los primeros puestos en las letras españolas.

HUELE a menta — dijo Alensar, avanzando su nariz hacia la costa.

Era el aroma del mar que subía lentamente de lo profundo y se desleía en la noche.

Desde la altura columbrábamos vagamente la cala encantada y en aquel remanso de agua, a pesar de la noche, el mar continuaba siendo azul, se espesaba como un asfalto pavonado, tenía esas irisaciones metálicas de los cuellos de las palomas mensajeras.

Láminas de mica, láminas de nácar, láminas de pizarra formaban la escama de agua del mar. En aquel fondo de la cala danzaban las constelaciones del cielo; las estrellas de la Osa Mayor, las de Escorpión y de Libra iban y venían sobre el mar, se aprisionaban en los blandos nudos del agua. La Vía Láctea pasaba en el fondo como una pulverización fosforescente y todo aquel prodigio zodiacal, que saturaba de luminosidades verdes, la ampolla de vidrio de la cala había llevado el infinito al agua, había volcado en ella la profundidad cósmica y aterrorizante del cielo nocturno.

Más allá de la cala seguía el mar, hervores de gentas y de plumas rizadas, pliegues de agua, meandros de olas, como aquellos que soñara el viejo Hokusai en sus visiones inquietas del Fuji Yama.

A lo lejos la línea verde del horizonte y sobre ella las nubes como una colección de estatuas negras.

Alensar bajaba por las rocas delante de mí. Sus espaldas desgalichadas bailaban una danza grotesca.

Cuando llegamos a la cala, el mar sonaba dulcemente con un burbujeo misterioso, parecía respirar de una manera humana, parecía vivo.

—Aquí se comprenden todos los mitos paganos—murmuró el portugués, parándose en la orilla. Y quedó inmóvil como un gran sapo muerto junto al agua.

El yate archiducal, el «Nixe», aparecía a lo lejos, en medio de la cala, ingrávido, como una nube blanca que se hubiese posado sobre el mar.

Alensar se metió los dedos en la boca y lanzó un estridente silbido.

Allá lejos contestaron con otro.

—Ahora nos vendrán a buscar—dijo el portugués, sentándose sobre la roca.

Esperamos largo rato. El pequeño bote se acercaba lentamente. Se oía, en el gran silencio nocturno, el rumor de los remos que batían isócronamente el agua.

—¿Quién va?—preguntó la sombra negra que tripulaba el bote, cuando estuvo cerca de las rocas.

—Gentes de Miramar—dijo Alensar, dulcemente.

—Señor Alensar, ya le conozco. Bajen ustedes por este lado.

Saltamos al bote. El marinero se puso en seguida a remar en dirección al yate. Era un viejo lobo marino. A la vaga luz nocturna no se veían más que sus patillas blancas.

—¿Quién hay en el yate?—le preguntó Alensar.

—Catalina y varios señores—respondió lacónicamente el marinero.

De pronto dejó de remar e inclinándose hacia el portugués, murmuró misteriosamente:

—Pasan grandes cosas en Miramar, señor. El Archiduque ha desaparecido.

—¿Cómo!

—Desde anteayer, por la mañana, no se sabe nada de él. Se ha buscado en vano. Los trescientos perros de la Estaca han sido repartidos esta mañana, le han buscado por todos los acantilados, por todos los valles, ha sido una gran cetrería, pero no han podido

dar con él. Y cuando los perros no le han encontrado, es que el Príncipe ha desaparecido.

—Es extraño—dijo Alensar,—nunca se ha movido sin avisar a su corte.

—Por eso, señor, debe de haber pasado una desgracia.

—¿Es extraordinario!

—Recuerda, Alensar—le dije,—que cuando hemos entrado en el cuarto de trabajo del Príncipe parecía que éste acababa de salir. El libro de las Memorias de Pasek estaba abierto en el atril y sobre la mesa había una cuartilla medio escrita. El Príncipe debe de haber abandonado su cuarto de trabajo repentinamente.

—¿Nadie le vió salir?—preguntó Alensar al marinero.

—Nadie. La vieja «madona» de Miramar hila siempre en la puerta y el Príncipe no ha salido por la puerta. Ella no le ha visto.

—Habrà salido por el tejado—dijo sentenciosamente el portugués, y quedó pensativo.

Luego me puso una mano sobre la rodilla, parecía poseído de una inquietud extraña.

El marinero volvió a remar. Pasábamos entre rocas negras y puntiagudas que surgían del agua. El marinero las sorteaba hábilmente.

—El Príncipe...—dijo Alensar. Se distrajo de pronto. Miraba las rocas, parecía ver una cosa extraña, había hecho un gesto de sorpresa.

Miré también, estremecido. Aquellas rocas parecían flotar sobre el agua como cadáveres negros, panzudos y podridos. Sentía una impresión vaga de terror.

—¿Qué ves, Alensar?—le pregunté, inquieto.

—Mira, es curioso—dijo el portugués, pacíficamente,—las olas enjabonan con su espuma la barba de algas de las rocas.

—Yo hago lo mismo todos los domingos con mis patillas—dijo riendo, el marinero.

—Es curioso—volvió a repetir Alensar. Luego, reanudando el hilo de sus ideas, añadió:

—Te quería decir que el Príncipe es un predestinado. Parte perseguirle algo fatal. ¿Conoces la historia de la princesa Greshén?

—No.

—La princesa Gretchen era la hija de un margrave alemán. Vivía en un palacio de mármol que se reflejaba en el Rhin, rodeado de castillos rojos y de bosques negros. Y ella era blanca como el palacio y rubia como aquella ondina Lorelei que vió Heine una vez desde París, peinándose con peine de oro en un crepúsculo romántico, en el río alemán.

»El Archiduque era entonces joven, era un cachorro imperial. Llevaba el uniforme rojo de los húsares del emperador Francisco José. Y el cachorro rojo amaba a la princesa blanca.

»Un día, en la Catedral de Colonia, el obispo se pondría su mitra de nácar y de oro y bendeciría el amor blanco y rojo de los príncipes. El órgano bramaría la marcha imperial. El Kaiser teutón y el emperador de las patillas de marinero estarían de pie en el presbiterio y las princesas que se quedaban solteras hundirían sus manos de ivory en las cestas de rosas blancas y rojas y las vertirían como un símbolo en la senda de los esposos.

»A fuera, los húsares imperiales harían el paso del ganso; las bayonetas brillarían bajo el cielo gris de Alemania y en la mesa de plata y de cristal, enfundados en sus uniformes violentos, beberían el rubio vino del Rhin los margraves y los príncipes, junto a los escotes empolvados y dulces de las princesas medio desnudas. Carne blanca de mujer, plumas y plata, sables y condecoraciones, crines de caballos y trenzas de oro, águilas y abanicos.

»Un salmo de Lutero y la mano amarilla con el anillo del Pescador de León XIII.

»Pero no fué así.

»En Alemania todos los príncipes tienen un hada que los hermanos Grimm envían junto a su cuna de oro. La vieja asoma la nariz ganchuda entre las puntillas y dice al pequeño: «Tú serás militar». Y le mira con orgullo. Pero hay hadas malas, y la vieja que se acercó a la cuna de Luis Salvador tenía una barbilla irónica. En vez de decir «Tú serás militar», le dijo: «Tú serás poeta».

»El águila bicéfala que rodeada de bayonetas rampaba orgullosa sobre la cuna, lo oyó, abrió el salvaje pico de acero y enristró las garras, pero el hada ya estaba lejos, se había confundido con el pueblo, que vaciaba en las tabernas los barriles de cerveza y gritaba: «¡Viva el Emperador!»

»El rey Luis de Baviera había muerto, se había hundido en su

esquife de oro, se había enterrado en el agua del lago con las estrellas y con Lola Montes, a los acordes de la música metálica de Wagner, y todos los príncipes y todos los reyes de la gran Alemania se habían puesto las botas de montar de Federico el Grande y andaban haciendo ruido con las espuelas por los corredores de sus palacios macizos y en las paradas militares.

»El Príncipe Poeta, disfrazado de húsar rojo, no tenía los espallones guerreros del gran Federico. Cuando a caballo, a través de los bosques negros, se dirigía al palacio de la princesa blanca, miraba extasiado la luna brumosa sobre los árboles y desde lo hondo de la selva los Nibelungos se reían de él.

»Los siete hermanos de Gretchen, que arrastraban el sable por encima de las baldosas del palacio de mármol, eran los siete dragones brutales de la mansión del margrave. El margrave, hinchado como un tonel, bebía con sus hijos y contaba sus proezas de la guerra de Crimea. «¡Hurra!», gritaban los siete hijos, y bebían, con el sable entre las piernas, por el Emperador y el más pequeño, que era de la piel de Caín, bebía por el Diabolo.

»La princesa Gretchen hilaba—todavía en Alemania hilan las princesas—y esperaba con tedio a Luis. Al divisarle por la ventana, Gretchen abandonaba la rueca, donde parecía quedaba enredado un burujón de su cabellera, y bajaba la gran escalinata del palacio.

»Pero Gretchen no amaba el claro de luna, ni la música de Beethoven, ni al Príncipe, que amaba su blancura lunar.

»La Princesa tenía una carroza que armaba mucho ruido al pasar por el empedrado de las viejas calles de Colonia. Encima de la carroza había un penacho de plumas de avestruz y en el pescante se sentaba con su librea verde Wilhelm el cochero.

»Desde el fondo de su carroza, Gretchen admiraba los anchos hombros verdes y el cogote escarlata bajo el ala del bruñido sombrero de copa. Wilhelm era un bravo mozo, del 102 de caballería.

»En el brazo izquierdo llevaba tatuada un águila imperial y esta se le veía cuando, arremangado, limpiaba los caballos del margrave en las cuadras del palacio.

»Gretchen le vió un día con el brazo desnudo y el águila pasados por encima de la cerviz de un potro y se le antojó un centauro.

y lo era, porque Wilhelm era el teroero, del quinto escuadrón del 102 de caballería.

»Las princesas alemanas tienen una gran propensión a enamorarse de los centauros, es una cosa ancestral y ya lo ha consignéado así Schiller, el gran poeta.

»El príncipe Luis, que amaba a la luna y la blancura lunar de la princesa Gretchen, no veía nada. Pero el hada madrina acercó su barbilla maligna a la oreja archiducal y murmuró cosas terribles.

»El príncipe Luis tenía en su castillo una cámara donde estaban colgados en perchas, como pájaros muertos, los uniformes militares de todo el mundo, estrellas, colores y entorchados. En aquella larga percha colgó Luis el uniforme rojo de los húsares del emperador Francisco José de Austria y vestido de marino mercante salió de la Alemania militar.

»Esto era en su juventud y desde entonces ha dado muchas veces la vuelta al mundo y el mundo ha dado muchas vueltas. ¿Huye o busca? No lo sé. Lo único que puedo afirmarte es que si el Príncipe no está en Miramar, es que se le ha comido la luna.»

Habíamos llegado al costado del «Nixe».

El marinero de las patillas se agarraba a la escalerilla de estripor y subimos rápidamente por aquella escalerilla.

La cubierta estaba brillante por el reciente baldeo. Hombres negros iban y venían por entre los cordajes, haciendo crujir las botas. La chimenea se elevaba gruesa, tenía un amarillo vago y un turbante de humo gris, salpicado de estrellas, le envolvía la cabeza.

Uno de aquellos hombres se nos acercó.

—¿Dónde están?—le preguntó Alensar.

—Abajo, en el fumadero—respondió el hombre, saludando militarmente.

—Vamos—me dijo el portugués.

Nos dirigimos hacia popa.

El yate se mecía dulcemente. La Osa Mayor, enredada en las jarcias, se columpiaba en los cordajes. Por las ventanas redondas de la cámara salía una luz amarilla, y cada vez que el yate se inclinaba, aquella luz caía en el mar y se disolvía en lampos fugaces.

Bajamos por la escalera de caoba al fumadero. De allá abajo subía un olor tibio y pesado, un perfume extraño de tabaco, de sándalo, de rosas y de alquitrán, y aquel aire pesado envuelto en

las molduras doradas y en las maderas exquisitas turbaba los sentidos.

El fumadero estaba tapizado de damasco amarillo. Una araña de cristal pendía del techo y se iluminaba inflamada por las bombillas eléctricas y aquella luz violenta caía sobre una mesa cubierta con un blanco mantel, que se irisaba como una gran lámina de nácar. Sobre la mesa, copas de champaña y botellas que asomaban su pico verde dentro de los glaciales de grandes crateras de plata cincelada.

Catalina estaba en el fondo, junto a la mesa. Su codo derecho se apoyaba sobre el mantel y el brazo, desnudo, se elevaba como el cuello de una garza, los dedos reunidos formaban el pico rosado y en la punta del pico un cigarrillo turco dejaba escapar un hilo de humo azul, que se elevaba en volutas sedosas hacia la lámpara.

A su derecha había la mancha negra de tinta de la sotana del cura joven y a su izquierda las melenas y las barbas de oro del pintor Chanko. En primer término se erizaban los pelos duros de la cabeza del doctor Rabenalt, y de pie, envuelta en un albornoz rojo, la figura de un árabe se elevaba como una llamarada; era uno de aquellos hombres que había visto en San Marroig, rodeando el tablero cuando Catalina estaba jugando al ajedrez con el cura joven.

Como era costumbre en la sociedad de Miramar, aquellos personajes no nos hicieron el menor caso cuando entramos.

Alensar cogió una silla, se sentó al lado de Chanko, cogió una copa vacía y llenándola de champán, la vació de un trago.

Yo permanecí de pie. Me sentía cohibido. Comprendía lo extraño de mi situación. Estaba seguro de que Catalina era la que me había expulsado de Miramar, y he aquí que me presentaba ahora ante ella, sin razón alguna, sin pretexto alguno, obedeciendo sólo a un impulso extraño, a la atracción incomprensible que sentía hacia aquellos seres, en cuyo ambiente, sin saber por qué, sentía la necesidad de volver a hundirme.

Y las palabras de Zaleukos parecían resonar dentro de mí lúmicamente: «El día que mires al abismo de Miramar, estarás perdido.»

Catalina elevó sus ojos hacia mí y me contempló un momento. Sus miradas no mostraron extrañeza alguna.

—Tú no bebes—me dijo con gran naturalidad, y cogiendo una copa, la llenó de champán y me la ofreció con un gesto gracioso.

Bebí. El champán me cosquilleaba en la garganta y me parecía que me bebía con él aquellas miradas impasibles de Catalina, que me turbaban.

—Gracias, Catalina—y la voz me temblaba.

Ella sonrió burlescamente y comenzó a chupar con fruición su cigarrillo turco.

—¿Por qué crees que Ibrahim es infalible?—preguntó Chanko, señalando al oriental del albornoz rojo.

Ibrahim sonrió y miró a Catalina con una especie de éxtasis. Su cabeza pelada azuleaba bajo la lámpara y bajo aquella bola azul brillaban dos ojos de almendra, bañados en un óleo violento. Las barbas negras caían profusamente sobre el albornoz rojo.

—La pista del Príncipe—dijo Ibrahim con una voz armoniosa—se pierde en el templete griego de Son Marroig; después del templete no hay más que el abismo y el mar.

—¿Así crees que el Príncipe ha caído al abismo?—preguntó el cura joven con inquietud.

—No, no está en el abismo—respondió Ibrahim.—En el templete acaba la pista.

—Entonces hay que admitir que el Príncipe ha volado como un arcángel—dijo irónicamente Chanko.

—Eso es precisamente lo que hay que admitir—respondió Ibrahim, muy serio.

—No te burles de Ibrahim, Chanko—dijo Catalina, —Ibrahim encontraría un alfiler perdido en el desierto. Cuando coge una pista, la sabe seguir hasta el fin.

—Una vez encontré en el desierto dos diamantes—dijo Ibrahim, mirando fijamente a Catalina.

—Y yo encontré a Ibrahim en el desierto—añadió, riendo, ésta.

—¿En el desierto?—preguntó Alensar, muy intrigado.

—En el desierto de Sahara.

Y Catalina ahogó la brasa de su cigarrillo turco dentro de la copa de champán.

—He nacido en el oasis de Uled-Zenar—dijo con orgullo el árabe del albornoz rojo.

Todos miramos a Ibrahim. Este sonreía. Los finos dedos de

su mano derecha resbalaban sus yemas sobre las volutas de ébano de su barba espesa en un gesto acariciante y cohibido.

De pronto, detrás de Catalina se oyó como un ronroneo de gato perezoso. Era un reloj extraño de alabastro y de bronce, colocado sobre una arquilla antigua. En la esfera negra resaltaban los números de oro. Dentro de aquella máquina antigua se producía un desplazamiento misterioso de ruedas y de muelles, parecía que el viejo reloj, cansado de caminar un siglo a través del tiempo, había decidido esparcir por todos lados sus ruedas y sus palancas. Pero colocado bajo una redoma de vidrio, como una inmensa ampolla de jabón, no podía. Y fué entonces cuando comenzó a sonar en la misteriosa caja de alabastro del reloj una musiquilla dulce acompañada de un cascabeleo alegre y en el zócalo unos personajes diminutos, entre pastores y diablillos, comenzaron a danzar una mesurada pavana.

—Las doce—dijo Alensar, contemplando pensativo al extraño reloj alemán.

Catalina llenó una copa de champán y, levantándose, la elevó hacia la araña de cristal.

—Amigos—dijo,—en este momento nuestro serenísimo Príncipe debe de haber llegado a Praga.

—¡A Praga!—exclamó Alensar, estupefacto.—¡Qué cosa más vulgar! ¡Yo que le creía en la luna!

—En Praga hay también un reloj extraño en la torre del Ayuntamiento. A cada badajazo de la gran campana se asoma un apóstol de madera. Ahora se habrá asomado ya el último.

Y Catalina se echó a reír.

—Esta vez Ibrahím se ha equivocado—dijo Chanko, burlón.

—El Príncipe—añadió Catalina, poniéndose seria—recibió un telegrama cifrado del emperador Francisco José. Salio inmediatamente de Miramar y me dijo podía anunciar su paradero dentro de tres días. El reloj nos acaba de anunciar que entramos en el día tercero.

Chanko llenó su copa de champán y dijo:

—Señores, bebamos por «nostramo», el Serenísimo Archiduque.

Sus palabras estaban llenas de emoción, en sus ojos azules había una inquietud extraña.

—¡Para que vuelva pronto a Miramar!—añadió, lleno de angustia.

Catalina le miraba de un modo profundo y estaba pálida.

—¡Alah es grande!—exclamó Ibrahim, y poniendo su mano morena sobre el pecho rojo, se inclinó profundamente.

Todos bebimos. La araña de cristal se mecía dulcemente sobre nuestras cabezas. Y un silencio profundo, turbado sólo por los vagos quejidos del buque y el tic-tac apresurado del reloj, reinaba pesadamente en el fumadero.

En este momento los bigotes de Zaleukos asomaron por la puerta. Sus ojos miraron como asombrados el interior del fumadero. Luego quedaron fijos en Catalina.

—¿Qué pasa, Zaleukos?—preguntó ésta.

Zaleukos permaneció mudo y la miraba. Golpes violentos sonaban sobre cubierta. Tacóneos de botas recias.

—El buque ha sido abordado—dijo al fin Zaleukos.

—¡Hum!—exclamó Rabenalt, soltando una risita conejil, y mirando al techo donde sonaban los golpes.

Catalina iba a hablar, pero enmudeció de pronto. Zaleukos se había hecho a un lado, y uno detrás de otro penetraron en el fumadero tres hombres extraños. En sus caras rojas, de un rojo Saturno, brillaban unos ojillos grises y virulentos. Cubrían su cuerpo con unos impermeables de hule brillante, largos hasta los pies, que les daban el aspecto de focas arrugadas.

—Buenas noches—dijo en alemán la foca que iba delante.

—Buenas noches respondió en la misma lengua Catalina, sentándose y poniendo sus dos brazos desnudos sobre la mesa.

Todos nos hablamos puesto alrededor de Catalina para dejar sitio a los recién venidos al fumadero.

—Señora—dijo, inclinándose respetuosamente el extranjero,—es preciso que veamos sin pérdida de tiempo a Su Alteza Imperial.

—¿A quién tengo el honor de hablar?—preguntó con sorna Catalina.

El extranjero sonrió amablemente. En un gesto torpe se desembarazó del impermeable de hule. Los dos acompañantes le imitaron.

Llevaban unos uniformes de un blanco impecable, muy almidonados. Una hilera de botones de oro brillaban en las pecheras. En

las mangas unos entorchados de lana verde se revolvían como culebras.

—¡Marinos alemanes!—exclamó Rabenalt, poseído de un súbito entusiasmo. Avanzó dos pasos, se cuadró y saludó militarmente.

—Oficial del 15 de ingenieros. Postdam—dijo con orgullo.

Los marinos contestaron automáticamente el saludo.

El que había hablado miró a Catalina y saludando de nuevo dijo:

—Tiene la señora delante a Wilhelm Von Kuhle, comandante del submarino alemán «U-36».

Luego se volvió a sus compañeros. Estos avanzaron un paso.

—Mi segundo: Von Schwer. Mi ayudante: Von Schleienberger.

—Háganme ustedes el favor de beber una copa de champán—dijo Catalina, sonriendo.

Rabenalt se apresuró a llenar las copas.

—¡Por el kaiser de Alemania, por el emperador Franz, por el príncipe Luis, por la dama española!—dijo Wilhelm Von Kuhle, vaciando su copa.

—¡Prósit!—exclamaron al mismo tiempo el segundo y el ayudante.

Y los tres se quedaron tiesos enfundados en sus uniformes amontonados.

Rabenalt los miraba con éxtasis.

Wilhelm Von Kuhle dijo al cabo de un momento:

—Perdone la dama española que vuelva a insistir. Necesito ver al Príncipe inmediatamente.

—¿De qué capital submarina vienen ustedes?—preguntó Zelenkov en mallorquín con aire burlón.

Von Kuhle le miró y sonrió.

—¡Estar de Alemania!—dijo orgullosamente en castellano.

Todos nos echamos a reír.

Von Kuhle estaba perplejo y mirando fijamente a Catalina dijo con voz autoritaria, olvidándose un poco de la galantería:

—¡Necesito ver al Príncipe inmediatamente!

—No es posible; siento el tenerlo que decir—respondió Catalina con dulzura.

—No hay nada imposible para un alemán—observó impaciente Wilhelm Von Kuhle.

—No hay regla general que no tenga excepciones—dijo Zaleukos, en un alemán horriblemente destrozado.

—Es verdad—añadió Catalina, filosófica.

El alemán miraba cómicamente a Catalina, luego a Zaleukos y no sabía qué decir. Sus carrillos se hinchaban y tomaban el aspecto de la piel de las berengenas.

Aquellas gentes que vivían continuamente apartadas de la realidad, que tenían un mundo propio, distinto de todo el resto del mundo, comenzaban a tomarse a broma a los alemanes.

Pero Rabenalt estaba allí. Tieso también, transformado en un ser nuevo, y lanzaban miradas furiosas. Al fin, dijo, cuadrándose delante de Von-Kuhle:

—El Príncipe no está en Miramar, excelencia.

—¿Conoce su excelencia—preguntó Catalina—la cifra de la Cancillería del emperador Francisco José?

—Sí—respondió lacónicamente Von Kuhle.

Catalina metió una mano en su escote y sacó un telegrama. Lo entregó al marino alemán. Éste cogió el papel y lo leyó atentamente.

—Hemos llegado tarde—dijo al fin.—El Príncipe ha conocido antes la noticia y se ha apresurado a ir a su patria. ¡Hurra por el Príncipe! Teníamos orden de llevarle en nuestro submarino a Pola.

Y entonces, lentamente, como hombre que ya no tiene nada más que decir, se puso el impermeable. El segundo y el ayudante le imitaron.

—¿Otra copa de champán?—preguntó amablemente Catalina.

Rabenalt llenó con apresuramiento las copas. Los marinos bebieron con prisa.

—¿Pueden ustedes decir lo que pasa—preguntó tímidamente Rabenalt, alargando y encogiendo su hociquillo de liebre.

—Es la guerra con Francia—respondió lacónicamente Von Kuhle.—Cosa de pocas semanas.

Y dando media vuelta, después de saludar militarmente, las tres focas arrugadas comenzaron a subir con rapidez la escalera de cuba.

Todos seguimos detrás.

En la cubierta había una hilera de marineros de guerra alemanes con fusiles.

El «Nixe» había encendido todas sus luces y por contraste el mar aparecía por encima de las bordas negro como la tinta.

Los marineros alemanes se dirigieron rápidamente hacia la escalilla de estribor y uno a uno se fueron hundiendo por el costado del buque.

Entonces el «Nixe» encendió el reflector eléctrico y el mar quedó cubierto de luminosas láminas de níquel. Muy cerca emergía del agua la torrecilla del submarino. En aquella joroba negra se veían pintadas en blanco las letras del buque: «U-36».

Cuando el bote cargado de alemanes llegó al costado del submarino, Rabenalt no pudo contenerse:

—¡Hurra!—gritó con voz estentórea.

—¡Hoch!—respondieron los alemanes. Y luego desaparecieron lentamente comidos por el misterioso cetáceo de acero.

—Es un cuento de Julio Verne—dijo tristemente Alensar a mi lado.

Una horripilación terrible sacudía mis nervios. El mar parecía como una gran amenaza potente y profunda.

Poco a poco la joroba del cetáceo de hierro se fué hundiendo en el agua iluminada. Luego desapareció.

El mar uniforme, de un azogue espeso, se perdía en el negro misterioso de las rocas.

—Miramar no ha podido matar en ti la bestia que llevas dentro—dijo Zaleukos a Rabenalt.

—Ahora sólo he de pensar en cumplir con mi deber—respondió lacónicamente el doctor alemán.

Zaleukos le lanzó una mirada de odio y le volvió la espalda.

Catalina se había separado de la borda. Silenciosamente penetró en la cámara de cubierta.

Era un cuarto dorado. Un negro piano de cola aparecía en el fondo; era largo como un ataúd misterioso. Un antiguo tapiz flamenco estaba colgado de la pared. Diana desnuda corría por unos bosques de árboles carnosos como ocactus. Un cervatillo asustado, ocre, con los cuernos negros, brincaba a lo lejos.

Seguí a Catalina junto con Zaleukos.

Ella se había dejado caer en un sillón. Nos miró con angustia. Estaba pálida. Los ojos se hundían en un cerco de suavidades moradas y la boca era una mancha de laca violenta en la palidez de la cara.

—¡El Príncipe no volverá más a Miramar!—exclamó con voz doliente.—La guerra matará al Príncipe, que ha amado toda su vida la paz. El destino nefasto ha perseguido a Luis hasta el final de su existencia. ¡El Príncipe no volverá! ¡El Príncipe, muerto, dormirá lejos de Mallorca y Miramar morirá también, porque la vida de Miramar era su propia vida!

Las palabras de Catalina estaban caldeadas por un dolor hondo y sincero, y sus ojos, bañados en el agua de las lágrimas, habían adquirido una dureza brillante de cristal.

—Mira los brillantes que encontró Ibrahim en el desierto de Sahara—me dijo Zaleukos, con una voz emocionada, señalándome los ojos de Catalina.

Esta le miró y sonrió dulcemente. Pero luego se curvó sobre el sillón, apoyó los codos en la abrazadera y hundió su rostro en el regazo de sus brazos desnudos.

Los sollozos comenzaron a sacudir aquel cuerpo delicado. Eran estremecimientos violentos que parecían destrozarla por dentro, rasgar las entrañas de aquella maravillosa mujer.

Zaleukos la contempló un momento con ojos espantados. Luego se arrojó a sus pies y con una voz nueva, con una voz de niño, que no le había oído nunca, con una voz llena de ternuras y de mimos, murmuraba:

—¡Catalina, princesita de Miramar, Catalina!

Y trataba de apartarle suavemente los brazos y verle el rostro.

Yo sentía un nudo en la garganta. Aquellos sollozos de Catalina, aquella voz llena de ternuras de Zaleukos se apoderaban de mí. Aquel dolor de Catalina era algo que se me antojaba fuera del ambiente de Miramar, me parecía demasiado humano para aquellos hombres, venía del fondo eterno de la vida y se esparcía en la cámara del «Nixe». Y aquel dolor de mujer me daba la sensación profunda de que la princesa de Miramar había dejado de ser princesa y de que el Príncipe Luis no volvería nunca más a la Isla de Oro y que toda aquella maravillosa vida estaba agonizando.

Sali de la cámara.

Por la escalera de caoba subían ruidos de voces. Descendí lentamente los peldaños. En el fumadero se hallaban bebiendo los demás. Chanko había encendido su pipa y se rodeaba beatíficamente de una niebla azul.

Y Alensar decía:

—En el fondo del mar debe de haber también su primavera, como en la tierra. La vegetación marina florecerá en grandes arcos fosforescentes y el aroma de las flores subirá en burbujas hacia el cielo del mar. Los grandes peces rojos pasarán en largas filas como edecanes por entre las columnas de nácar de los grandes palacios marinos y los peces verdes, como aves tropicales, mecerrán su cola entre el vaivén lujurioso de las algas.

—¡Cuánto color debe de haber aquí abajo!—dijo Chanko, beatíficamente, volviendo el pulgar hacia el mantel blanco y chupando su pipa.

—¡Hazte buzo pintor!—exclamó irónicamente Rabenalt.

—Y si todavía existen las nereidas—continuó Alensar,—deben estar tumbadas como odaliscas en suntuosos divanes de esponjas, rubias como sus cabelleras.

—¡Debe ser un harem espléndido!—dijo Chanko con unción, mirando maliciosamente a Ibrahim.

—¡Alah es grande!—exclamó éste, maravillado.

Y todos se echaron a reír.



V i d a l i t e r a r i a

por Angel Dotor y Municio

Es incomprensible cómo persiste en España el desconocimiento, casi absoluto, del libro americano, o, lo que es lo mismo, cómo se ignora por parte de la gran masa de la población hispana que existe una ubérrima floración mental y artística en aquellos pueblos que hacen perdurar nuestra raza y nuestra lengua en el devenir del tiempo. Si la industria editorial cuida—pese a sus defectos, ligeramente apuntados por nosotros hace poco en estas columnas—de enviar aquí, en promiscuidad insólita, todo libro, bueno o malo, que aquí se publica, no se cura, en cambio, de traer la cada día más numerosa y selecta producción bibliográfica de la Argentina, México, Uruguay, Cuba, Colombia, Chile y demás países. Este es un asunto de capital importancia para el por momentos más vivo problema del Iberoamericanismo de prácticas y efectivas realizaciones por que venimos abogando todos desde hace tanto tiempo, con fervor verbalista que llega al frenesí de irreflexivo optimismo en ocasiones como la reciente del vellivolo audaz, maravilla del progreso, que confunde, al través del océano, «los dulces y filiales latidos de dos mundos».

He aquí, en el debido intercambio del libro entre España y América, la más difícil incógnita a despejar que nos presenta la ecuación de ese Iberoamericanismo, al constituir aquí—el libro—el vehículo espiritual por antonomasia, no precisamente de cultura en este caso—con serlo tanto siempre, en abstracto, como es natural—sino de la comprensión, del conocimiento, de la identificación ideológica indispensables para el afanzamiento de los vínculos de amor y afinidad por que propugnamos.

Se han dado cuenta del significado del libro americano nuestros escritores, nuestros críticos, nuestros sociólogos, nuestros políticos? Nos permitimos creer que no, o que, si acaso, muy vagamente, por cuanto apenas si en tal sentido tomaron los Gobiernos medidas que lo demuestren, ni hemos leído en estos últimos años—puede estar tan atenta nuestra entusiasta curiosidad y simpatía

hacia estas cuestiones—alguna ligera alusión a la necesidad de difundirlo en España, haciéndolo llegar, con idéntico rango que el que aquí se produce, a los grandes núcleos de lectores, lo que haría cristalizar la debida cooperación espiritual, que forzosamente ha de ser deficiente e incompleta a proseguir como hasta aquí.

El maestro Zozaya, en un reciente artículo, bellísimo como todos los suyos, con el que, dando la más elevada nota de comprensión y sutileza, ha enjuiciado serena y sagazmente la significación del vuelo a América y las inmediatas realizaciones de él derivadas, aludía al libro, primer producto, sin duda alguna, que mutuamente necesitamos cambiar americanos y españoles para acrecentar y mantener hasta lo posible la rehabilitación y el esplendor de la raza y el culto del idioma.

Por nuestra parte, hace ya tiempo que, habiendo echado de ver el enorme desconocimiento que hay en España de la obra de los grandes pensadores, prosistas y poetas americanos, escribimos sobre el particular, con nuestra modesta, pero entusiasta, aportación. Recordamos, entre nuestros varios artículos sobre el leímotivo del libro y la cultura iberoamericana, de uno titulado «Raza y Espíritu», que vió la luz en la revista de Cádiz «España y América»—una de las más destacadas tribunas de aproximación racial—con ocasión del 12 de octubre último, día de la llamada Fiesta de la Raza. De él son los siguientes párrafos, que no queremos dejar de transcribir: «He aquí lo que nosotros quisiéramos exaltar: primeramente con todos nuestros fervores: el idioma. Pero exaltarlo ponderando su inmensidad y esplendidez, para nosotros—sin que nos ciegue el patriotismo—; el primero del mundo en fuerza de su «rotundidad, finura, elegancia, color y calor, copia y gradaciones innumerables»—que acaba de escribir en un brillante artículo el maestro *Asorín*;—exaltarlo en su poder incomparable de unión y fraternidad humanas, por encima de vanos prejuicios de regiones y costumbres; exaltarlo, finalmente, como ser el segundo de toda la tierra en orden de extensión, pues que sólo el inglés lo supera, y aun éste, más difundido, tiene en su contra la falta de unidad, de cohesión podríamos decir, entre los dispares elementos de población que lo hablan. Fomentemos, pues, el verdadero culto del idioma, que tanto necesita de conocimiento y conservación. No nos limitemos, como se hace, a llevar nuestros libros a América,

sino traigamos aquí los de los grandes escritores de allá ignorados de las masas españolas: Varona, Hostos, Martí, Gálvez, Vasconcelos, Ingenieros, Valencia, Lugones. Díaz Mirón, Larreta, Caso, Chocano, Díaz Rodríguez, Donoso, García Monge, Barrios, González Arrili, Torres Bodet, Quiroga, Núñez y Domínguez y tantos más, sin olvidar ese plantel de excelsas poetisas que se llaman Mistral, Ibarbourou, Agustini, Sansores, Storni, Monvel, Luisi y alguna otra. Emprendamos la debida campaña para depurar el castellano muy amanerado que se habla en algunas regiones americanas: que toda lengua, como manifestación biológica que es, necesita vigilancia para la guarda de su pureza y para seguir su natural evolución. Convirtamos en realidad ideas tan acertadas como la del escritor dominicano Deschamps, que ha propuesto como gran medio difusor de nuestro idioma que el Estado envíe a bibliotecas y centros culturales de todo el mundo una cantidad de revistas y periódicos de coste equivalente a lo que la totalidad de los que circulan por España pagan por el porte postal. Y entonces podremos decir que se hace algo positivo y de eficiencia en pro de nuestra identificación con América, algo en favor de la fraternidad entre aquella y esta su nación genitora, hoy decaída por la incomprensión y el individualismo feroz; de grandes glorias, pero de enorme poder latente necesitado de desentrañar.

En España, repetimos, no se conoce la Literatura americana en general más que por el reducido núcleo de profesionales. ¡Y cómo contrasta ello con la actual producción, brillante, magnífica en cantidad y calidad, que nos ofrece la Novela y la Poesía, principalmente, de aquellos países! A más de los nombres citados, todos ellos de egregios escritores contemporáneos, en su mayor parte hoy vivos, aun podríamos reseñar hasta el centenar de firmas ilustres. Las nuevas generaciones americanas van destacando figuras y figuras, a cual más preclaras en todos los países. Y si ayer había que acoger con recelo que se hizo proverbial al liróforo o ensayista *parvenu* que fué publicando libros y colaborando en las grandes revistas, a la sombra de la sinecure diplomática, hoy es lo corriente encontrarnos con mentalidades robustas, de la más alta envergadura, que en sus producciones literarias se ponen a tono no pocas veces con los más insignes genios consagrados aquí. Em-

pero las repúblicas transatlánticas manifiesten su capacidad para el cultivo de todos los géneros, podría irse encontrando en ellas determinada especialización de sus artistas literarios hacia alguno de ellos. Así vemos que Colombia ofrece hablistas de insuperable pureza; Venezuela, prosistas de primoroso estilo; Chile, críticos eminentes; la Argentina, periodistas, filósofos y ensayistas preclaros; México y el Uruguay, excelsos poetas, etc.

Al echar una ojeada a las altas figuras americanas de hoy, hemos omitido adrede los nombres de no pocos ilustres escritores que, por estar radicados en España, o por su natural deseo de darse a conocer en el solar, en la Castalia de la raza y el idioma, editaron aquí sus obras. Estos, naturalmente, son, por excepción, conocidos, ya que su producción se unió a nuestro acervo literario propio. Entre ellos debemos citar los siguientes: Gómez Carrillo, Blanco-Fombona, Reyles, Pereyra, María Enriqueta, González Martínez, Reyes, Hernández-Catá, Balseiro, Emilia Bernal, Urbina, García Calderón, Rodríguez Mendoza y algún otro. Mas por lo que toca a casi todos los demás, sólo suele ser conocida alguna obra suelta editada al azar en Madrid o Barcelona. A este respecto, no debe ser silenciada por nosotros la fervorosa acogida que la poderosa empresa «Espasa-Calpe» dispensa en su *Colección Contemporánea* a las obras de autores americanos: María Enriqueta, Donoso, Barrios, Cancela, Lynch, Quiroga, etc. Pero, por otro lado, es inútil buscar en las librerías las obras de los más conspicuos autores publicadas allá. A nosotros nos ha acontecido no encontrar en todo Madrid ni un solo volumen de Lugones. No acertamos, en verdad, con el criterio del librero español, de tal manera opuesto a la traida del libro americano, cuya difusión y venta no restaría nunca la del español.

Y, sin embargo, y como fiel reflejo de las excelencias de la literatura de aquellos diez y siete pueblos de nuestra sangre y nuestra lengua, las ediciones americanas son más numerosas y bellas de día en día. Con verdadera complacencia seguimos la producción del libro de allá, que conocemos a fondo merced a los envíos que amablemente nos vienen haciendo desde años atrás autores y editores, por fueros de amistad y compañerismo los unos, y en el deseo de obtener nuestro comentario, conocedores de la utilidad

bibliográfica que aquí mantenemos, los otros. A todos les va aquí nuestro agradecimiento, una vez más.

La Argentina, México y Cuba son los países que hacen libros más bellos, materialmente considerados. Y también los que producen mayor cantidad. Poderosas editoriales, modernamente orientadas en su cometido, lanzan al mercado su producción, que es no sólo de autores nacionales, sino de algunos extranjeros traducidos. El influjo de la industria editorial de estos países se siente en los demás del continente.

Dediquemos hoy unas líneas a algunas editoriales argentinas.

«La Cultura Argentina» es una de las más importantes. Su catálogo comprende casi un centenar de nombres de ilustres escritores, entre los que se cuentan—a más del del insigne Ingenieros, poco ha fallecido—los de Ameghino, Quesada, Bunge, Sarmiento, Andrade, Mitre, Quiroga, García Velloso, Lugones, Peyró, etc. Editora de la gran publicación «Revista de Filosofía», fundada y dirigida hasta su muerte por el insigne autor de «El hombre mediocre», «La Cultura Argentina», justificando su nombre, ha influido acaso más que ninguna otra editorial en la difusión de las letras y la ilustración general de la floreciente república. Otra casa muy interesante es la titulada «Editorial Latina», que dirige el ilustre escritor Horacio Varela. Sus últimas publicaciones son: *La Chusma*, bella colección de cuentos del propio director citado, con los que éste se revela como un narrador de nervio, a la vez psicólogo y colorista; una segunda edición de la novela de Benito Lynch *El antojo de la Patrona*, que forma parte de la llamada «Selección Literaria» de dicha editorial; *El canto perdido*, poemas en prosa por Pedro Miguel Obligado, que obtuvieron el Premio Municipal de Literatura de Buenos Aires en fines de 1925, y, finalmente *El hilo de Oro*, poesías del mismo autor, quien a juzgar por los elogios unánimes que han tributado a este libro ingenios de la talla de Larreta, Benavente, García Calderón, Vedia y Lugones, es tan insigne poeta como prosista. «Nuestra América», la interesante revista de difusión cultural americana que dirige en Buenos Aires el brillante escritor Enrique Stefanini, comenzó a publicar el año anterior bellas ediciones, y de ellas tenemos a la vista las primeras, que son: *La Venus Calchaquí*, novela de ambiente criollo, del gran narrador González Arrili, laurea-

do por el Municipio de la capital rioplatense; *Los que sufren*, colección de cuentos de Leonardo A. Bazzano; *Cerro Nativo*, conjunto de cuatro narraciones jugosas, de profundo pensamiento, sobre el hombre, la tierra y el espíritu argentinos, por Carlos B. Quiroga, y *A través de libros y autores*, ensayos críticos con los que la brillante escritora Luisa Luisi nos habla del arte de Reyes, Montiel Ballesteros, Salaverri, Delmira Agustini, Barrios y González Martínez, así como de los aspectos de la poesía uruguaya contemporánea. Estas ediciones de «Nuestra América» tienen un singular atractivo por su presentación exquisita, que no desmerece de las mejores españolas, superando a no pocas de las corrientes aquí. Hemos de mencionar en esta breve ojeada a la producción del libro argentino, el nombre de don Manuel Gleizer, como ser uno de los más importantes editores de Buenos Aires, cuyo catálogo cuenta con tantas prestigiosas firmas. Las novedades de esta casa, que por igual publica obras literarias que científicas y sociológicas, son: *La Universidad Nueva*, colección de conferencias y ensayos pedagógicos y docentes, por Alfredo L. Palacios; *Manuelita Rosas*, evocación biográfica, amena y documentada de la espiritual hija del famoso dictador, por Carlos Ibarguren; *Las visiones del Rondin*, por Santiago C. Oliván, y *La asamblea de la bohardilla*, por Alberto Gerchunoff, dos colecciones de cuentos muy interesantes, y, por último, *La vida emotiva*, ensayos sobre temas filosóficos y artísticos, de Alberto Palos. «Nosotros», la gran revista literaria, uno de los exponentes más altos del movimiento artístico argentino, que dirigen los cultos compañeros Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, prosigue sus ediciones de obras literarias y de Ciencias Sociales. Muy recientes son las dos admirables obras que de ella hemos recibido: *Antología de la Poesía argentina moderna*, con notas biográficas y bibliográficas, ordenada por el gran escritor y crítico Julio Noé, y *Política Cultural*, en que su autor, Alfredo Colmo, reúne las oraciones y escritos constitutivos de su actuación en el último Congreso Científico Panamericano.

* * *

Nos extenderíamos en comentar con mayor amplitud el problema del libro americano, la necesidad de su conocimiento en nuestro país y su actual producción, si no debiéramos a nuestros lectores la ineludible reseña mensual de lo que se publica en España. En sucesivos números de esta revista continuaremos glosando las manifestaciones de la vida literaria y editorial que nos lleguen de allá.

Varios son los libros de excepcional interés que en España se han publicado en estos días. *La Nueva Rusia* constituye uno de ellos. En él su autor, el gran periodista Alvarez del Vayo, representante en Madrid del célebre rotativo de Buenos Aires «La Nación», recoge las impresiones de sus dos viajes a la república soviética. Con ser tantos los libros publicados sobre el desconcertante país, creemos, con Gómez de Baquero, que éste es el más rico en información. Constituye un magnífico volumen de más de 400 páginas y 16 láminas, impreso con el buen gusto que caracteriza a la casa editora «Espasa-Calpe». Otra obra de alta significación y que se aparta de lo habitual en esta índole de producciones, es la titulada *Mussolini, el Dictador en pyjama*, por Andrés Révész, conjunto de interesantes revelaciones sobre el *duce* del Fascismo, que captó el conocido *courrieriste* en su entrevista con aquél hace pocos meses. Este libro está siendo acogido por el público con curiosidad y simpatía.

Entre las novelas que acaban de aparecer, merecen singular mención *Circe y el Poeta*, por Ciges Aparicio, que es la más bella evocación que hemos leído del París de la *avant-guerre*, con su ambiente cosmopolita y frívolo, su cohorte de mundanos, artistas y aventureros, como marco a una acción iniciada en España, con protagonista español, al que rodean diversos otros actores principales, todos ellos muy interesantes y ágilmente estilizados, con esa maestría en que se adunan los rasgos conocidos y las pinceladas de la fantasía, tan peculiar en el recio prosista. *Tigre Huán y El curandero de su honra*, dos bellas novelas, constitutivas de una narración completa, cuya aparición venía siendo persistentemente anunciada por su autor, el ilustre Pérez de Ayala, quien nos da con ellas nueva prueba de la fertilidad de su don de creación, si bien no superen los méritos ya logrados con anteriores obras. Presentan estos libros las características peculiares en el insigne escritor, que continúan inva-

riables: rico léxico, predilección, excesiva a veces, por los giros antiguos, y, sobre todo, el dar vida en la fábula a protagonistas y actores de singulares prendas intelectivas y éticas, pese a su humilde condición social. Gutiérrez Solana, el gran pintor de la España negra, que es también un escritor de mérito, acaba de lanzar uno de sus raros libritos: *Florencio Cornejo*, narración de sombrío realismo, donde se pintan aspectos curiosos de las almas sumergidas en la existencia rural española. De ese otro joven escritor asturiano, ya destacado con anteriores producciones, que, más que por su nombre, es conocido con el seudónimo de «Españolito», es la bella novela *El hijo de trapo*, que el editor, señor García Mercadal, ha incluido en su colección de «Nuevos novelistas españoles». *Camino de servidumbre*, *A la sombra de Alá* y *Mario en el foso de los leones* son tres obras con que reafirman la valla de su vena novelística tres escritores jóvenes: P. Romero Mendoza, Fernando Robles y F. G. Sainz de Robles, respectivamente. Las dos primeras son edición de la «Sociedad General Española de Librería», y de la «Biblioteca Nueva» la tercera, mereciendo especial mención *A la sombra de Alá*, que es una magnífica evocación del ambiente árabe, de las tierras africanas y de Oriente, admirablemente captado por el escritor mexicano, como hace notar Marcelino Domínguez, su prologuista.

Como traducciones de alto valor hay que registrar: *La Histeria*, volumen X de las Obras Completas del Profesor Freud, que viene dando a la estampa la «Biblioteca Nueva». Ya se sabe cuán influyen en la actual evolución científica las doctrinas del sabio austriaco. La versión española, de Luis López Ballesteros y de Torres, impecable. Anunciase como de próxima aparición el volumen siguiente, titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*. Otras traducciones de la «Biblioteca Nueva» son las obras de Henry de Montherlant, escritor francés, gran conocedor de España, quien en unas —como la recientemente aparecida, *Olimpicas*, traducida por Manuel Albal y prologada por Antonio Marichalar— canta el sentido del deporte y en otras —tal que la de cercana publicación, *Bestiarios*— a más de elevar el culto al músculo, refleja su visión de la tauromaquia. A narra sus aventuras de esta índole, pues sabido es que hace dos meses, toreando en Sevilla, fué corneado por un miura. De la misma editorial es el tomo VIII de las Obras Escogidas de Wilde, titulado *La Duquesa de Padua* (y otras obras inéditas en castellano), salido

de las prensas últimamente. La actividad de la «Biblioteca Nueva», que no para ahí, es, como vemos, verdaderamente notable. Prepara además *El Artista Adolescente*, del gran escritor irlandés James Joyce, desconocido en España, empero su fama mundial. Como otras traducciones de valor, debemos mencionar: *La Virginitad*, apasionante narración de León Frapié, que publica la «Editorial Sempere», y *El Castillo durmiente*, que acaba de poner a la venta la «Sociedad General de Publicaciones», en su colección «Hogar».

Terminaremos dedicando unas líneas a la «Editorial Voluntad», que amplía considerablemente la índole y cantidad de sus publicaciones de selecta literatura y divulgación religiosa y litúrgica. A la vez que continua con sus libros hagiográficos, sus célebres publicaciones de la «Colección Saulo» y algunas obras sueltas —entre las que hay no pocas del mérito de la titulada *Semblanzas benedictinas*, por Fr. Justo Pérez de Urbel, y *Los Santos Evangelios*, por García Hughes, esta última con bellas reproducciones de vistas de los lugares bíblicos, que hacen más agradable y fácil la interpretación del sentido de la que será siempre la más bella de las historias—, crea nuevas colecciones literarias, como las tituladas «Mariposa» y «Hesperia», a la primera de las cuales pertenecen las interesantes novelas *Guerra sin cuartel*, por Suárez Bravo, y *Vocaciones femeninas*, del extranjero Emmanuel Soy, traducida por Bárbara del Fargue, dando idea, por lo que respecta a aquélla, de la belleza de su prosa, la galanura de la narración y el colorido de ambiente y paisaje el hecho de que mereció un gran premio de la Real Academia Española. Pero lo que hay que subrayar hoy de la «Editorial Voluntad» es su colección «Letras Españolas», de obras selectas de nuestros autores clásicos y modernos, publicada bajo la dirección de los catedráticos de Literatura en la Universidad de Madrid señores Hurtado y González Palencia. Está formada dicha colección por lindos tomitos en 16° mayor, de unas 150 páginas, contentivas de las composiciones más célebres de cada autor. Han aparecido ya los ocho primeros volúmenes, consagrados a San Juan de la Cruz, Baltasar del Alcázar, Mira de Amescua, Góngora, Romances viejos castellanos, Santa Teresa, Quiñones de Benavente y Garcilaso. En esta época en que felizmente parece renacer la afición a la literatura antigua, cuyo caudal estético es tan inmenso y exquisito cuanto que ignorado por tantos españoles, hay que aplaudir esta divulgación

del tesoro de obras clásicas que viene haciendo desde hace años la editorial «La Lectura» con su famosa colección —de la que precisamente acaban de publicarse los volúmenes 64 y 65, dedicados a Meléndez Valdés y García Gutiérrez—, y ahora la «Editorial Voluntad», merced a estos libritos, tan llamados a ir a todas las manos, no sólo por las propicias cualidades citadas, sino por la, acaso principal, de lo limitado de su precio.



Bibliografía del mes

Generalidades

DONATO, Ernesto. Véase número 697.

FIGUEROA, Andrés A. Véase número 652.

652. *Revista del Archivo de Santiago del Estero*. Director, Andrés A. Figueroa. Tomo IV, núm. 7. Enero, febrero y marzo de 1926. Santiago del Estero (R. A.). Imprenta Molinari. 152 págs., 4.º, 262 por 180 mm.

Ciencias Naturales

653. RICHET, C. *Tratado de Metapsíquica*. (2.ª edición.) Tomo I, volumen 1. Marzo, 1926. Casa Editorial Araluce. 760 págs. 240 por 155 mm. En rústica, 25 ptas. En tela, 30 ptas.

Ciencias Físicas

654. DOYNEL, Carlos. *Acústica musical*. (2.ª edición.) Buenos Aires, 1926. Editorial «Virtus». 143 páginas, 4.º, 230 por 155 mm. Tela, 3,50 pesos argentinos.

Ciencias Jurídicas

655. AUNÓS PÉREZ, Antonio. *El derecho catalán en el siglo XIII*. Tomo I, vol. 1. Barcelona, 1926. 355 págs., 4.º, 230 por 150 mm. 12 ptas.
656. ZICARI, Julio. *Los derechos de la mujer argentina*. Buenos Aires,

1926. 292 págs., 8.º, 210 por 145 milímetros.

Ciencias aplicadas

Medicina : Milicia : Manuales técnicos

657. CULMANN, F. *Táctica general*. Traducido por Lindor Valdez. Tomo II. Buenos Aires, 1926. Círculo Militar (Biblioteca del Oficial, vol. XC). 4.º, 232 por 156 mm.
658. HORGAN, Esteban H. *Compendio de Fotograbado*. Nueva York, 1926. National Paper y Type Co. 54 págs., 8.º, 224 por 150 mm. Tela, 3'50 dólares.
659. MUZZIO, S. J., y SALVATI, A. A. *Temas de inmunidad*. Buenos Aires, 1926. Etchegoyen y Montt. 214 págs., 8.º, 195 por 140 milímetros.
660. JOCH NOGUER, José. *Agricultura moderna y química agrícola*. Tomo I, vol. 1. Barcelona, 1926. Casa Editorial Araluce. 283 páginas, 8.º, 240 por 150 mm. Rústica, 10 ptas. Tela, 13 ptas. VALDEZ, Lindor. Véase núm. 657.
661. ZAMBRINI, Antonio R. *El cáncer en otorinolaringología*. Buenos Aires, 1926. 288 págs., 4.º, 230 por 162 mm.

Ciencias Sociales

Educación

- BRANDAO, Mario. Véase número 697.
662. CUELLO, Julio A. *Clamor liber-*

- torio. Edwin Elmore. Santo Domingo, R. O., 1926. Imp. «La Cuna de América». 16 págs., 8.º, 147 por 115 mm.
663. FABBRI, Luis. *Crítica revolucionaria (Selección)*. Trad. de Guillermo Kult. Barcelona, 1926. Publicaciones Mundial. 221 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas. KULT, Guillermo. Véase número 664.
664. NATALE, José A. *La base fonética*. Buenos Aires, 1926. Angel Estrada. SANTANA RODRÍGUEZ, Véase número 689. SERRAS E SILVA. Véase núm. 697. SILVA CORREIA, João de. Véase núm. 697.

Letras : Historia

665. JUDERÍAS, Julián. *La leyenda negra*. (7.ª edición.) Barcelona, 1926. Casa Editorial Araluca. 528 págs., 8.º, 175 por 125 mm. Tela, 3'50 ptas.
666. LUMMIS, Charles F. *Los exploradores españoles del siglo XVI*. (8.ª edición.) Barcelona, 1926. Casa Editorial Araluca. 236 páginas, 8.º, 205 por 135 mm. Tela, 3'50 ptas. MENDES DOS REMÉDIOS. Véase núm. 697. VASCONCELOS, Antonio de. Véase núm. 697.

Obras literarias

667. AGUILAR CATENA, J. *La ternura infinita*. Barcelona, 1926. Sociedad General de Publicaciones, S. A. (Colección Novelas Hogar). 342 págs., 8.º, 200 por 132 mm. Encartonado, 5 ptas.
668. ALEÑA, Jaime. *Películas mallorquinas. El contrabandista y las cuevas de Mallorca*. Palma de Mallorca, 1925. Imp. F. Soler. 198 págs., 8.º, 195 por 130 mm. 2'50 ptas.
669. ARÉVALO, Jorge de. *Fué el amor*. Córdoba, 1926. 256 págs., 8.º, 183 por 128 mm.
670. ARVERS, Louis d'. *Odisea encantadora*. Barcelona, 1925. Publicaciones Mundial. 191 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas. AZEVEDO NEVES. Véase núm. 689. AZZATI, Félix. Véase núm. 682.
671. CASCÓN, Miguel. *Luz sin sombra. El marqués de Comillas*. (Quinta edición, revisada y aumentada). Comillas, 1926. 116 págs., 8.º, 220 por 150 mm.
672. ENAULT, Luis. *El rescate de un alma*. Barcelona, 1925. Publicaciones Mundial. 224 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas.
673. GÓGOL, N. *Almas muertas*. Tomo I. Barcelona, 1926. Publicaciones Mundial. 272 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas.
674. — — *Almas muertas*. Tomo II. Barcelona, 1926. 286 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas. GÓMEZ HIDALGO, Francisco. Véase núm. 683.
675. LATINO CORELHO, J. M. *Páginas escolhidas*. Compilação e prefácio de Arlindo Valera (com um retrato do autor). Vol. 1. (1.ª edição). Lisboa. Empresa Literária Fluminense Lda. 325 págs., 8.º, 188 por 120 mm.
676. LICHTENBERGER, André. *La loca aventura*. Trad. de Enriqueta Sevillano. Barcelona. Edit. J. Ventud (La Novela Rosa). 160 pá-

- ginas, 8.º, 210 por 140 mm. 2 pesetas.
677. LLES Y BERDAYES, Fernando. *La sombra de Heráclito*. Habana. Imp. «El Siglo XX». 258 págs., 8.º, 192 por 128 mm.
- MANEGAT, Luis G. Véase número 692.
678. NAVARRO Y PERCY, Pascual. *Vibraciones de mi alma*. Con un prólogo de don Miguel Sancho Izquierdo. Zaragoza, 1925. Tipografía La Académica. 80 págs., 16.º, 120 por 85 mm. 1'50 ptas.
679. — — *Cantando a la Virgen del Pilar, al Santo Cristo de La Seo y a Zaragoza*. Zaragoza. Tipografía Cineglo. 80 págs., 8.º, 165 por 112 mm. 1'50 ptas.
680. NEULLIES, B. *El secreto de Rita*. Barcelona, 1926. Publicaciones Mundial. 223 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas.
681. PINARES, Manuel. *El milagro*. (Novela). Valparaíso, 1926. Imprenta Gonet. 256 págs., 8.º, 185 por 127 mm.
682. PIRANDELLO, Luis. *Cuando estaba loco*. (Novelas.) Traducción de Félix Azzati. Valencia, 1926. Editorial Sempere. 214 págs., 8.º, 195 por 130 mm. 4 ptas.
683. — — *Vestir al desnudo*, comedia en tres actos. [*Sea todo para bien*], comedia en tres actos. Traducción de Francisco Gómez Hidalgo. Valencia, 1926. Editorial Sempere. 231 págs., 8.º, 195 por 130 mm. 4 ptas.
684. PUJO, Alice. *El sacrificio de Elena*. Barcelona, 1926. Publicaciones Mundial. 157 págs., 8.º, 198 por 125 mm. 2 ptas.
685. — — *Las sorpresas del destino*. Barcelona, 1926. Publicaciones Mundial. 252 págs., 8.º, 192 por 125 mm. 2 ptas.
686. QUESADA, D. E. *Fuente de juventud*. (Poesías). Cienfuegos, 1926. 176 págs., 8.º, 180 por 140 mm.
687. QUIÑONES, Julio. *Au Coeur de l'Amérique Vierge*. París, 1925. 8.º, 182 por 132 mm.
688. SAMBLANCAT, Angel. *Jesús atado a la columna*. Barcelona, 1925. Bauzá. 208 págs., 8.º, 200 por 130 mm. 3 ptas.
- SANCHO IZQUIERDO, Miguel. Véase núm. 678.
689. SANTANA RODRIGUES. *A Índia contemporânea*. Com prefácio do prof. Azevedo Neves. Lisboa, 1926. J. Rodrigues y C.ª. 208 págs., 8.º, 190 por 124 mm.
- SEVILLANO, Enriqueta. Véase número 676.
690. SONDERSHUER, Pedro. *Las fuerzas humanas*. Buenos Aires, 1926. 240 págs., 8.º, 196 por 134 mm. 2,50 pesos argentinos.
691. URALES, Federico. *Sembrando Flores*. Novela de una vida ideal. 7.ª edición. Barcelona, 1926. Imprenta Costa. 240 págs., 8.º, 190 por 122 mm. 2'75 ptas.
692. VAILLY, G. de. *Paulina*. Versión de Luis G. Manegat. Barcelona, 1926. Eugenio Subirana (Colección Princesa). 317 págs., 8.º, 192 por 127 mm. 4 ptas.
- VALERA, Arlindo. Véase número 675.
693. VERDAGUER, Mario. *La Isla de oro*. (Novela.) Barcelona, 1926. Editorial Lux. 300 págs., 8.º, 194 por 130 mm. 5 ptas.
694. ZEVACO, Michel. *Rayo de Oro*. Barcelona, 1926. Casa Editorial

- Araluce. 208 págs., 8.º, 200 por 120 mm. 2 ptas.
695. — — *Las damas grises*. Barcelona, 1926. Casa Editorial Araluce. 207 págs., 8.º, 200 por 120 milímetros. 2 ptas.
696. — — *¡Cain!* Barcelona, 1926. 238 págs., 8.º, 200 por 120 mm. 2 ptas.

Revistas literarias

697. BIBLOS. *Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra*. Marzo e abril 1926. Vol. II, números 3 e 4. — Sumario: 1. Dr. António de Vasconcelos: *Arqueologia. Duas cartas sobre indumentária litúrgica na iconografia medieval* (A propósito dos painéis de S. Vicente-de-Fora).— 2. Dr. Serras e Silva: *Sciência Social e Educação*.— 3. Dr. Mendes dos Ramédios: *Um notável memorial dos cristãos-novos*.— 4. Dr. Mário Brandão: *Contribuições para a história da Universidade de Coimbra. Uma Oração Académica do Renascimento*.— 5. Dr. João da Silva Correia: *Nota pedagógica-linguística. Estilísticas escolares*.— 6. Ernesto Donato: *«Os Reservados» da Biblioteca da Universidade de Coimbra*.— 7. *Libros de Portugal*.—

8. *Biblioteca da «Biblos»*.— 9. *Vária: Reclamações da Faculdade de Letras. Cursos de Férias. Cursos de Férias e... passaportes. O anseio da Paz. Proposta de grande alcance. Club Internacional das Escolas Superiores de San Francisco. Visitantes ilustres.*

Libros para niños

698. GARCÍA, Fray Celso. *Don Juan de Austria*. Barcelona, 1926. Casa Editorial Araluce. 152 págs., 8.º, 175 por 125 mm. 3 ptas.
699. PANIZO, Leonardo. *Historias de Herder*, adaptadas para los niños por... Barcelona, 1926. Casa Editorial Araluce. 115 págs., 8.º, 150 por 120 mm. 2'50 ptas.

Religiones

700. KARDEC, Allan. *Nuevo devocionario espiritista*. Trad. de Quintín López. Barcelona, 1925. Maucci. 224 págs., 8.º, 160 por 102 mm. 1'50 ptas.
- GIL DE OTO, M. Véase núm. 701.
- LÓPEZ Quintín. Véase núm. 700.
701. VOLTAIRE. *Escritos de crítica religiosa*. (2.ª serie). Traducción de M. Gil de Oto. Barcelona, 1925. Editorial Olimpo. 228 págs., 8.º, 192 por 126 mm. 3 ptas.



Juicios propios y ajenos

DICCIONARIO RANCÉS. — Nos llega una nueva edición de este libro, cuyo éxito se manifiesta con el número de reimpressiones que ha alcanzado en pocos años. Merece en este sentido el mayor elogio y la atención de cuantos se interesen por nuestro desarrollo editorial la labor que viene realizando la Casa Sopena.

Hasta hace poquísimos años éramos tributarios del extranjero en materia de diccionarios. América fué invadida durante muchas décadas de ediciones francesas y bilingües alemanas. Parecía imposible quitar el cetro a casas universalmente conocidas por su organización para esta clase de trabajos. Sus producciones llegaban a manos del librero en condiciones de precio tales que descorazonaban al más animado.

La Casa Sopena se propuso, sin embargo, abordar el problema. Con los elementos gráficos de que dispone, la excelente organización comercial y el espíritu de sacrificio que ya le es tradicional, se inició la labor. Había que ponerse al nivel del precio, desde la iniciación, aunque esto significase una ruina visible, y había que afirmarse en una superioridad de calidad para abrir las puertas del mercado. Sólo con fe pertinaz podía atreverse a disponer maquinarias y elementos indispensables para la competencia. El éxito dudoso al comienzo, fué franco muy pronto. En cada edición se hacían mejoras que evidenciaban el cariño con que se le cultivaba. Las más respetables firmas fueron llamadas a prestar su cooperación y hoy no basta ver en el catálogo de esta casa la cantidad de diccionarios editados — desde el volumi-

noso enciclopédico hasta el de bolsillo, — sino que — ¡asómbrese el lector! — la casa Sopena se propone exportar a los países de lenguas extranjeras sus ediciones bilingües. Seguro ya del mercado de su lengua, va ahora a iniciar la lucha en el campo de su competidor.

La nueva edición del Rancés, que ha motivado estas líneas, está notablemente ampliada con más de tres mil voces nuevas, numerosas acepciones; se le ha enriquecido, además, con unos ochocientos grabados, y la tipografía y encuadernación son excelentes.

Es para el lector que lo ojea la prueba evidente de que hemos llegado a la perfección del diccionario manual. — D. G.

PORQUE ME ORGULHO DE SER PORTUGUÊS, por Albino Forjas de Sampaio. — «*Porque me orgulho de ser português*» é um bom livro e uma boa acção. Contém, em nove capítulos sintéticos, nove orações de amor pátrio. Resplandece de glória e de fé. Faz bem à alma lê-lo. Ao pessimismo elegante, cosmopolita e negativista da geração de Éça, succedeu—

ANUARIO COMERCIAL

DE ESPAÑA

Oficina Nacional de Industria y Comercio
Información completa de toda España y posesiones
Precio de suscripción 35 Ptas. sin portes y gastos

Villarreal, 6 - Barcelona

Anuario Comercial y nada más que Anuario Comercial

NUESTRO IDIOMA

«Nada revela con tanta fidelidad la cultura y el valer de una persona como la propia manera de expresarse.»

Los mejores libros para su estudio

OBRAS DE
JUAN B. SELVA

Guía del Buen Decir

(Estudio de las transgresiones gramaticales más comunes)

Un volumen de 336 páginas, en rústica. . \$ 4.—
Encuadernado en tela. \$ 5.—

Crecimiento del Habla

(Estudios que explican la formación de voces y acepciones nuevas, con más de 3,000 ejemplos)

Un volumen de 240 páginas, en rústica. . \$ 3.—
Encuadernado en tela. \$ 4.—

**ARTURO COSTA
ALVAREZ**

Nuestra Lengua

(Índice: Introducción. — Los diálogos. — Los traductores. — Los diccionarios. — Las lenguas. — Índice analítico)
Un volumen de 350 páginas. \$ 4.—

JOSE D. FORGIONE

Por la Pureza del Habla

Un volumen de 136 páginas, encuadernado. \$ 2.—

OBRAS DE
R. MONNER SANS

Disparates usuales en la conversación diaria

(Cuarta edición)
Un tomo de 120 págs. \$ 2.—

Barbaridades que se nos escapan al hablar

(Segunda edición)
Un tomo de 120 págs. \$ 2.—

Notas al Castellano en la Argentina

(Segunda edición)
Un tomo de 360 págs. \$ 2.—

De gramática y de lenguaje

Un tomo de 300 págs. \$ 2.—

(*Franqueo 0.50 cada libro)

Librería de A. GARCIA SANTOS

Moreno, 580

BUENOS AIRES

e ainda bem! — o movimento de forte nacionalismo a que devemos a obra de Lopes de Mendonça, de Antero de Figueireda, de Antonio Correia de Oliveira, de Malheiro Dias, de Aquilino, e de alguns outros. Nesse movimento saudável se filia o último e belo livro de Forjaz de Sampaio, intérprete eloquente dum sentimento que hoje, em Portugal, cada vez mais nos domina e nos dirige: o orgulho de ser português.

JULIO DANTAS.»

L A VIRGEN DE CALIFORNIA, por J. Calvo Alfaro. — Es difícil escribir un libro literario sobre un tema de cinematografía en España, donde esta clase de literatura está en embrión y cultivada por valores poco conocidos.

No obstante, la novela que lleva este título se aparta de lo corriente en lo que de cinematografía conocemos en España, para adentrarse hacia una literatura bella, pintando con una limpia y animada corrección de estilo la vida de los «estudios» cinematográficos por dentro.

El escritor J. Calvo Alfaro demuestra dos cosas en su libro: que conoce los tipos que pinta y que tiene habilidad de estilo para tocar asuntos de relativa trivialidad dentro de un marco de novela seria.

La Virgen de California, la figura central del libro, es una mujer rusa, de la aristocracia del caído imperio. De Norah Natkiewicz y Dimitri Potemkin el tema de la obra, ambos tipos preciosamente pintados. Dimitri es la fisonomía literaria de un conspirador de Baroja y es lástima que el autor no le haya hecho mover en un ambiente más dinámico dentro del inquietante mar político de Rusia.

La obra, por su novedad y por estar escrita muy bellamente, merece los honores de una lectura.

EDITORIAL VÉRTICE

VILADOMAT, 108. — BARCELONA

Habiendo adquirido las existencias de la extinguida Editorial «Hoy», comunicamos a nuestros favorecedores que desde esta fecha podemos servir como obras de nuestro fondo las siguientes:

- Dios y el Estado, por Bakuzin, peseta.
- Quinet, por Alais, 4 fd.
- Páginas escogidas, Multatuli, 1 fd.
- Ensayos y conferencias, P. Gori, 1 fd.

COLECCION «INQUIETUD»

- I. Páginas de un descontento, por Máximo Gorki.
 - II. Evolución y revolución, por Eliseo Reclús.
 - III. La Guerra, por Octavio Mirbeau.
 - IV. Ensayos sobre moral, por Pedro Kropotkin.
 - V. En Siberia, por Wladimiro Korolenko.
 - VI. La coacción moral, por Ricardo Mella.
 - VII. Un enemigo del pueblo, por Enrique Ibsen.
 - VIII. Crítica libertaria, por Max Nettlau.
 - IX. Bola de sebo, por Guy de Maupassant.
 - X. Estudios sociológicos, por Edward Carpenter.
- Cada tomo UNA peseta.

FOLLETOS

- La pena de muerte, Alomar. 0'20
- Idem id., edición especial. 0'40
- Al calor de las ideas, Abella. 0'30
- Dos años en Rusia, Goldsmán. 0'50

AUTORES Y LIBROS

CHESTERTON

UNO de los más grandes escritores americanos de nuestros días — Alfonso Reyes — ha puesto en limpio y sabroso castellano parte de la obra de Chesterton. Nunca se lo agradeceremos bastante los lectores de lengua española. Trabrar conocimiento con autor de tan alto rango por mediación de espíritu tan selecto es cosa extraordinaria.

Chesterton es uno de los escritores que se leen con más gusto. Quizá porque raras veces se está con él de acuerdo. Todo escritor que renueve nuestra capacidad de disintimiento nos atrae por manera inevitable y gozosa.

Antes de estas límpidas y excelentes traducciones de Reyes, buscábamos los trabajos de Chesterton con desusada impaciencia. Después esta impaciencia se ha tornado febril. ¿Tan grande es el interés o el encanto de sus escritos? Sí. Hemos hecho verdaderos disparates, más de una vez, por encontrar algunos breves trabajos suyos publicados en raras revistas de escasa circulación. El placer de la lectura, luego, nos ha compensado con creces todas las extravagantes andanzas. Tanto más cuanto mayor fuese nuestra disconformidad con los puntos de vista del autor.

Chesterton es, en religión, dogmático; ha escrito libros en los que se burla, con ironía implacable, de cosas que nos son gratas, y sueña con que los hombres tornen a vivir como vivían en la Edad Media. Difícilmente, pues, se encontraría un escritor con el que estuviésemos más en desacuerdo. Sin embargo, la disconformidad es más aparente que real.

Por las apariencias había de ser total. En realidad, es muy limitada.

Algunos escritos suyos podían colocarnos en el primer trance, desagradable en extremo. Aunque el escritor con el que disintimos nos atraiga, al final podemos caer, respecto de él, en pecado de incomprensión. La lectura de los libros de Chesterton aleja este peligro. Si hace más radical el desacuerdo en algunos aspectos, demuestra que no existe totalmente en otros, señaladamente en los fundamentales. En último análisis, si el desacuerdo es inevitable, lo celebramos gozosamente, porque ello reduce en bien de nuestra inquietud intelectual.

Cuando comprobamos, por ejemplo, que el dogmatismo religioso de Chesterton está henchido de humanidad, en el más exacto sentido de esta palabra, la forma que toma su humanismo podrá ser de nuestro desagrado; pero no, naturalmente, el humanismo en sí. Asimismo, cuando leemos, con verdadero deleite, su sátira contra ciertos aspectos del sentido de la vida que a nosotros nos es caro, no estamos conformes con el objetivo de su trabajo, pero sí con el trabajo. De disponer de sus armas, haríamos lo propio. Nada hay que infunda más pureza a un propósito humano que la censura encendida de las estupideces que hagan los hombres superficiales encaminados a conseguirlo, como igualmente de las vulgaridades que, por influencia de estos hombres, se adhieran a tal propósito hasta el punto de parecer que forman parte de él. La brutalidad, la torpeza, la ignorancia que se cree sabiduría, y otro sinnúmero de defectos que aparecen como mezclados con las mejores obras de los hombres, merecen combate ardoroso. Todo eso es lo que ridiculiza.



* Historia
Argentina
— Y —
Americana
— POR —
Julián Rivera Campos

Ha faltado hasta hoy una obra completa de historia argentina y americana; una obra que, además de los sucesos políticos y militares, tratase el desarrollo de la civilización continental, pudiendo dar así a los hechos una interpretación que difiere en numerosos casos de la que la leyenda ha generalizado. Es estudiando simultáneamente la evolución ideológica, étnica, económica y social, como los hechos muestran sus relaciones de causa y efecto y la historia toma carácter científico.

El señor Rivera Campos ha logrado en esta obra exponer, con un método que ha merecido unánimes elogios, la evolución de los pueblos de América hasta el momento actual. Las grandes crisis económicas y políticas son estudiadas con criterio moderno y la política internacional seguida con detenimiento. Los sucesos argentinos desde 1890 — compendiados por vez primera — y un estudio sobre los censos, completan la obra.

Más de 800 tópicos forman los dos tomos, y 200 biografías se insertan al pie de las páginas.

Una primera edición de 10,000 ejemplares permite poner al alcance de todas las manos esta obra, que no debe desconocer ningún argentino o extranjero interesado en los destinos del país.

Los tomos encuadernados, sumando más de 1.000 páginas

Tomo I : Pesos 3 m/n



Tomo II : Pesos 4'50 m/n

Consulte esta obra en las bibliotecas públicas; ojeela en cualquier librería, y hallará a simple vista numerosas cosas que no debería ignorar. Soliciten folletos con juicios de conocidos intelectuales, hombres de todos los partidos, profesores, órganos principales de la prensa, etc.

Editorial VIRTUS : Lima, 625 : Buenos Aires

con humor del más alto rango, Chesterton. No podemos estar conformes con el fin último de su sátira; pero la sátira en sí es obra loable, de méritos singulares en extremo. De igual modo, cuando nos adentramos en su concepción de la Edad Media y en la manera cómo interpreta la vida de entonces, a la que quiere que tornen los hombres, todo nuestro recelo desaparece. Chesterton desea, sencillamente, que se implante de nuevo un régimen gremial. Probablemente, no lo quiere esto como podríamos quererlo nosotros; pero, si se tiene en cuenta que los gremios de la Edad Media son como la célula de lo que los mejores y más sabios hombres de nuestro tiempo preconizan para resolver muchedumbre de arduos problemas actuales, ese otro aspecto de la obra de Chesterton, que aparentemente tanto le aleja de nosotros, resulta que, en realidad de verdad, le acerca, le coloca a nuestro lado, en posesión de armas magníficas.

Continuamos, después de leerle con atención despierta, disconformes con él en la extrema linde, porque, en el fondo, su sentido de la vida, del hombre, de la sociedad, es muy distinto del nuestro. Pero se han esfumado una multitud de apariencias que parecían colocarle, de muy otro modo de como lo está, enfrente de nosotros.

Además, el placer de leerle — muy pocos escritores hay en nuestra época que proporcionen un placer igual — está por encima de nuestra disconformidad. Es un artista sumo, y esto borra todas las diferencias de pensamiento, que son barridas por el valor más alto del arte. Se saborea aquí la obra bella, sin prevenciones de ninguna especie. Gran ventaja pa-

ra él, de la que participa el lector atento. Gran ventaja, señaladamente, cuando este lector tiene que rendirse ante el hechizo de la belleza lograda.

La religión, la historia, la aventura, salen transformadas de los libros de Chesterton. Hacer de la aventura a la manera detectivesca obra de arte no era tarea fácil. Chesterton lo ha conseguido plenamente.

El armazón en que monta sus conceptos es, probablemente, una de las más admirables y maravillosas obras que pueda realizar el pensamiento humano, asistido de inspiración artística. Y todo, hasta lo absurdo, lo rodea de tanta fuerza lógica, que Bernard Shaw, famoso como polemista, no confía en la victoria cuando polemiza con él. Quiere decir esto que Chesterton posee gran número de argumentos valaderos y que sabe esgrimirlos oportunamente. Podremos no estar conformes con las conclusiones a que llega; pero están éstas presentadas y defendidas de un modo al que no sabemos oponer nada de valor tan seguro y eficaz. Sería pueril negar significación a unos argumentos contra los cuales todas nuestras flechas carecen de validez. La conclusión sí puede ser rebatida, sin duda alguna. Pero no, seguramente, con armas tan excelentes y eficaces como las usadas para afirmarla. Estas armas son las que encantan a todos los lectores de Chesterton.

De aquí que se busque cuanto escribe, no tanto por quienes dicen pensar como él, cuanto por sus adversarios, que, como tales, son sus lectores más entusiastas. A éstos, entre los que nos contamos, pocos escritores les harán concebir mayor número de pensamientos, y esta es la mejor enseñanza. Doble encanto el

de esta enseñanza de Chesterton, porque está hecha con arte maravilloso, con gracia inagotable, con humor atravesado de plena humanidad, con ironía que hiere y acaricia, de manera, en fin, logradamente placentera.

El espectáculo que se tiene leyendo los libros de Chesterton es un espectáculo magnífico. Pocos habrá más sugestivos. Acaso ninguno en el que se derroche más inteligencia. El pensamiento humano ha alcanzado pocas veces cumbres tan altas. Verlo subir, a saltos impetuosos, reconforta. Si cuando está arriba nos lanza alguna burla dolorosa para nuestro sentido de la vida, poco importa. Hemos vis-

to su esfuerzo en la subida, que es la lección más buena. Lección que, dada con arte, sonriendo, con apasionada serenidad, que es el mejor fruto del humor, se graba, seguro, en nuestro ánimo. Esta es la razón, profunda en verdad, de qué busquemos siempre, con impaciencia febril, los trabajos de Chesterton, y sus libros, que leemos con amoroso cuidado, y que, por no decir lo que más nos agradaría que dijeran, llenan nuestra mente de impetuosa inquietud, cosa excelente, aunque no tanto como el gozo intenso y delicado que nos proporcionan por su pura belleza.

ANTONIO G. BIRLÁN



Catálogo de la Editorial Araluce

CALLE CORTES, 392 / BARCELONA (ESPAÑA)

(Continuación. / Véase el número anterior de esta Revista)

NUEVO TRAZADO DE PERSPECTIVA PARA ARQUITECTOS. Rápida solución de todos los problemas sin líneas auxiliares, por Adolf Reile. Traducido del alemán por el arquitecto E. Canosa, profesor de la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona

En esta obra se enseña a dibujar rápidamente cualquier perspectiva, sin conocimientos previos. Cualquiera, siguiendo mecánicamente el nuevo método y con auxilio de la «Regla de Reile», puede obtener rápidamente y sin molestias un resultado excelente.

Un tomo en tela, 25 pesetas.

MANUAL PARA EL TRAZADO DE CURVAS, por A. F. Rivas, ingeniero

Es un manual aligerado de ciencia abstracta, al alcance de todos, bastando saber la geometría en su grado elemental para poder emplearlo. Es base y fundamento este libro de trazado mecánico y de gran empleo, de aprovechamiento en los trazados corrientes de la vida industrial y de las artes.

Un tomo con 143 figuras, encuadernado en tela, tamaño 185 por 130 mm., 3'50 pesetas.

TORNERO MECÁNICO, Manual completo de torneado y fileteado en hierro y metales, por Hilario Rodríguez Dat

PRIMER PREMIO, EN CONCURSOS Y CERTÁMENES, DEL TRABAJO

Contiene nociones de Aritmética, Tablas, Fórmulas, Procedimiento de taller y Método de cálculo de los engranajes para el fileteado.

Tercera edición con 80 grabados

Un tomo encuadernado en tela, 175 por 120 mm., 6 pesetas

CATALOGO DE LA EDITORIAL ARIALUCE

CALDERERO MODERNO, Tratado completo de calderería general, por H. Rodríguez Dat

Contiene aplicaciones y propiedades de los metales, nociones de aritmética, geometría, procedimientos generales y particulares del tratado práctico de calderería general y de cobre, construcción de calderas de vapor, tablas y formulario para facilitar los cálculos y soldadura autógena.

Segunda edición

Es un libro absolutamente útil para los obreros y de aplicación inmediata para la enseñanza en las escuelas de artes y oficios, lo mismo que el *Torneo Mecánico*.

Un tomo con 202 grabados, tamaño 170 por 120 mm., 8 pesetas

LAS RUTAS AEREAS EN ESPAÑA Y FUERA DE ESPAÑA, por el marqués de Morella, ingeniero y piloto

Con un mapa en dos colores de las rutas aéreas españolas y sistema de señales y parcelamiento terrestre, destinado a facilitar la navegación aérea

Este libro de tanta actuación, contiene antecedentes de los viajes aéreos, de la tierra del porvenir, de la aviación de las rutas ideales, del sistema aerográfico de señales, diversas soluciones, y visión centesimal, signos de orientación con campos de aterrizaje, indicaciones y señales complementarias, precauciones, lo que puede hacerse, utilidad de las rutas, prevenciones injustificadas, etc., etc.

Un cuaderno en rústica, 245 por 170 mm., 2 pesetas

MUEBLES ANTIGUOS ESPAÑOLES. Texto y grabados tamaño 33 por 24, por Rafael Doménech y Luis Pérez Bueno

Un tomo-carpeta, en tela, 50 pesetas

INSTALACIONES TELEFONICAS, por J. Schils y R. L. Middleton

Telefonía ordinaria. Telefonía automática. Telefonía sin hilos. Nociones especiales de electricidad. Descripción, funcionamiento, montaje, conservación y manejo. Averías y remedios.

Un tomo de 400 págs. y 389 grabados: rústica, 14 ptas.; tela, 16

CATALOGO DE LA EDITORIAL ARALUCE

LA TELEGRAFIA Y LA TELEFONIA SIN HILOS, PARA TODOS. Legislación, por R. L. Middleton

Nociones de electricidad. Generalidades. Emisión y recepción radio-telegráfica y radiotelefónica. Descripción, montaje y manejo.
Construcción. Averías.

Un tomo con más de 200 grabados y planos: rústica, 6 ptas.; tela, 8

LA RECTIFICACION Y EL ACABADO EN LA CONSTRUCCION MECANICA MODERNA. Afiliado de Máquinas, Herramientas y Útiles en general, por Fre. H. Colvin y Frank A. Stanley

Un tomo de 400 páginas y 658 grabados: encuadernado en rústica, 18 pesetas; en tela, 20

METODOS RAPIDOS Y PRACTICOS DE FUNDICION Y MOLDEO DE LOS METALES, por Tomás D. West

Un tomo de 300 páginas con planchas y muchas ilustraciones:
en rústica, 14 pesetas; en tela, 16

EL TRABAJO DE LOS METALES POR MEDIO DE MONTAJES. Descripción, Construcción y empleo de los diversos tipos de Montajes de trabajo y Herramientas especiales, por F. H. Colvin y L. L. Haas

Un tomo con 785 grabados: en rústica, 12 pesetas; en tela, 14

LA SOLDADURA AUTOGENA Y EL CORTE DE LOS METALES, por medio del dardo de oxígeno. Soldadura eléctrica, oxiacetilénica, exihídrica, por el oxígeno y el gas de alumbrado, y aluminio-térmica, por Frank S. Hamilton

Un tomo con numerosos grabados: en rústica, 6 pesetas; en tela 7

CALLE CORTES, 392 — BARCELONA (ESPAÑA)

MANUAL PRACTICO DEL TORNERO Y FRESADOR MECANICO MODERNO. Descripción, instalación, manejo, fabricación y montaje, por J. Ch. Gobron

Un tomo de 300 páginas con 425 ilustraciones : en rústica, 9 pesetas ;
en tela, 11 pesetas

LOS PROBLEMAS DE LA INDUSTRIA. Lo que hay que realizar y lo que ha de perfeccionarse. Repertorio metódico de inventos por resolver e indicaciones para resolverlos, por Edwin W. Ligginston

Un tomo de 300 páginas con planchas en colores : en rústica, 8 pesetas ;
en tela, 9 pesetas

EL MOTOR DE EXPLOSION Y SUS APLICACIONES, al Automovillismo, la Aviación y la Industria en general. Principio. Funcionamiento. Desarme. Montaje. Manejo. Conservación. Averías y remedios, por J. Ch. Gobron

Un tomo con 200 grabados : en rústica, 10 pesetas ; en tela, 12

LA PRACTICA DE LA ELECTRICIDAD INDUSTRIAL. Producción, Fiscalización, Transmisión, Distribución y Utilización de la energía eléctrica, por Carlos Proteus Steinmetz

Un tomo de 300 páginas con planchas en colores : en rústica, 9 pesetas ;
en tela, 10 pesetas

EL LIBRO DEL TALLER. Recetario Práctico, para el Ingeniero, para el Operario y para el Industrial, por F. W. Parker

Un tomo de 332 páginas y 51 grabados : en rústica, 10 ptas. en tela, 12

CATALOGO DE LA EDITORIAL ARALUCE

EL CEMENTO PORTLAND Y SUS APLICACIONES, por A. L. Kleinlobel

Manipulación y conservación de los Cementos, Fabricación de los Morteros y Argamasas, ejecución de las piezas destinadas a las Construcciones de Hormigón armado y sin armar. Reglas para el cálculo y ejecución de las construcciones. Ejemplos de trabajos, etc., etc., Un tomo de 200 páginas y numerosos grabados: en rústica, 12 pesetas; encuadernado en tela, 14 pesetas

LOS METODOS MAS MODERNOS DE FABRICACION DE JABONES, BUJIAS Y GLICERINAS, por Leeber Lloyd Lamborn

Tres tomos con grabados: en rústica, 30 pesetas; encuadernados en tela, 33 pesetas. Se venden sueltos

Tomo I. — Materias primas de la jabonería. Instalación de una fábrica de jabones. Elaboración de jabones en frío.

Rústica, 10 pesetas; tela, 12

Tomo II. — Jabones cocidos. Clasificación. Saladura o precipitación. Fabricación del polvo de jabón.

Rústica, 10 pesetas; tela, 12

Tomo III. — Fabricación de bujías. Materias primas de la estearinería. Saponificación o hidrólisis.

Rústica, 10 pesetas; tela, 12

AGRICULTURA MODERNA Y QUIMICA AGRICOLA, por J. Poch Noguer

La Explotación del Campo y de las Industrias rurales: Abonos. El Agua. Cultivos. Plagas. Labores. Utiles y Construcción. Siembras. Estaciones. Rendimientos. Praderías. Horticultura. Arboricultura. Viticultura. Olivos. Jardinería. Pequeñas industrias. Vegetales. Ganadería. Avicultura. Caza y Pesca. Industrias de origen animal.

Con veinte dibujos originales del autor. Tamaño 24 por 15 y cerca de 300 páginas: en rústica, 10 pesetas; en tela, 13

CALLE CORTES, 392 — BARCELONA (ESPAÑA)

CRÍA LUCRATIVA DE LOS GANADOS. Tratado práctico de Zootecnia. Fecundación natural y artificial. Esterilidad. Sus causas y remedios. Enfermedades de los reproductores. Manera de evitarlas y curarlas. Alimentación e higiene de los reproductores, por **Marcelino Montón, veterinario militar**

Realmente son enunciados de asuntos interesantes para ganaderos y tratantes, así como también para los organismos que se ocupan de obtener en países poco ricos en ganados los medios de fecundar artificialmente por procedimientos científicos o de procurar la natural por medios económicos; en este particular, este libro es un poderoso auxiliar.

Un tomo de 216 páginas, tamaño 19 por 14 : en rústica, 3 pesetas ;
en tela, 5 pesetas

AGRICULTURA TROPICAL Y SUBTROPICAL. Cultivos adaptados a América, España y sus posesiones. Secretos de la Agricultura y Jardinería, por **J. Poch Noguer**

Son pocos, y no siempre completos, los libros escritos acerca de los Cultivos y cuidados en las tierras tropicales. Recientemente para llenar tal laguna escribimos este libro, que ha resultado muy superior a sus similares extranjeros, de mucha utilidad, de fácil consulta y aplicación inmediata de los abonos, etc., y el estudio del suelo, los análisis, investigaciones y aprovechamiento según los lugares. En muchos países se ignora que sus terrenos están preparados para esos envidiados cultivos o bien desconocen los medios de adaptarlos a las condiciones climatológicas y económicas de sus respectivos lugares. Este libro resuelve estos problemas.

Un tomo de 328 páginas, 19 por 12 : en tela, 6 pesetas

LAS PLAGAS DE LA VID Y SUS TRATAMIENTOS, por **N. Oliván Palacín**

Este libro es un tratado de terapéutica, estudiando a fondo las enfermedades de las vides, sus causas, y dando los remedios. Por concomitancia también, los medios de hacer prácticamente más intensa la producción, más rico el producto, mayor el rendimiento. La viticultura en muchos países, en el orden económico, ocupa el segundo o tercer lugar de su riqueza, y son varios los países americanos, sobre todo, los que están para ello mejor preparados, que se ocupan ansiosamente

CATÁLOGO DE LA EDITORIAL ARIALUCE

de mejorarla. Es, pues, nuestro libro un verdadero tesoro para el hacendado, para el profesor y para la gente de campo. Las láminas escurlosamente ejecutadas representan con toda fidelidad los procesos de las enfermedades, las consecuencias y los insectos que atacan las plantas.

Un tomo con 17 láminas en colores y algunos grabados en negro, 125 páginas, en tela, 19 por 13, 6 pesetas

ENFERMEDADES DE LOS VINOS. Sus caracteres. Tratamiento y reglas para evitarlas, por Julio Adderson

En todas las edades ha sido preocupación de los químicos, ingenieros agrónomos, profesores, viticultores, etc., buscar los medios de prevenir los peligros abundantes y fáciles que atacan a los vinos. El autor ha logrado reunir materiales muy interesantes, muy compendiosos, que hacen de este librito algo útil.

Un tomo 2.^a edición, con algunos grabados y el retrato de M. Pasteur. 77 págs. 21 por 13 1/2, en tela, 3 pesetas

CULTIVO DEL OLIVO Y DEMAS PLANTAS PRODUCTORAS DE ACEITE, por J. Gómez de Fuencarral

El olivo fué venerado en la antigüedad. Hoy se le debieran levantar templos y cultivarlo con el mismo cuidado que pudiera poner la más delicada dama en la más delicada y olorosa planta, porque realmente es la riqueza de muchas regiones, la opulencia de los finqueros que lo cultivan. Desde la descripción del olivo hasta los cultivos, plantaciones, variedades, enfermedades, los métodos para coger la aceituna, conducirla, almacenarla, etc., todo está contenido en este libro. La segunda parte, dedicada a plantaciones oleaginosas, se ocupa del Lino, Cacaute, Colza, Ricino, Girasol, etc., etc.

Ilustran la obra bastantes grabados. Un tomo de 135 páginas, en tela, 21 por 15, 4 pesetas

PATOLOGIA Y TERAPEUTICA ESPECIAL DE LOS ANIMALES DOMESTICOS, por los doctores F. Hutyra y J. Marek

Tomo I: **ENFERMEDADES INFECCIOSAS.** — No hay un libro igual en su clase. Tampoco ninguno ha llegado más pronto a la segunda edición.

CALLE CORTES, 392 — BARCELONA (ESPAÑA)

y a la adopción como texto en la mayor parte de los países hispano-americanos. Tiene cerca de 300 grabados en negro intercalados en el texto y 15 láminas policromas.

Un tomo de 896 págs. en tela, tamaño 25 por 17, 30 ptas.

Tomo II: ENFERMEDADES ORGÁNICAS. — Próxima aparición. Un tomo de iguales características que el anterior, en tela, 30 ptas.

PATOLOGIA QUIRURGICA PARA VETERINARIOS, por E. Frohner y E. Berlein de la Escuela Superior Veterinaria de Berlín

En Alemania se han hecho seis ediciones, y en España está a punto de agotarse la primera, ya por su consumo, ya por haber sido adoptada de texto en la mayor parte de las Escuelas Veterinarias de Hispano-América.

La obra consta de 400 págs., 172 grabados, cuidadosamente traducida y elegantemente encuadrada en tela, tamaño 22 por 15 1/5, 17 ptas.

TERAPEUTICA GENERAL PARA VETERINARIOS, por E. Frohner, traducida y ampliada notablemente de la cuarta edición alemana por P. Farreras

Obra de gran valor didáctico, es libro indispensable para el clínico, el inspector de Higiene, el estudiante y el catedrático. Es texto en la mayor parte de los países hispano-americanos.

Un tomo de más de 300 págs., en tela, tamaño 22 por 15, 10 ptas.

LA INSPECCION VETERINARIA EN LOS MATADEROS, MERCADOS Y VAQUERIAS, por J. Farreras y C. Sanz Egaña

Rápidamente agotada la primera tirada, esta reedición tiene un doble propósito: enseñar la técnica de reconocimientos y documentar al veterinario para sus dictámenes. En consecuencia, la inspección se hace fácil y práctica. El veterinario moderno necesita poseer este libro, que es lo mejor que se ha publicado hasta ahora en Europa.

Un tomo en tela de 1,080 págs. con 262 grabados y 8 láminas policromas, tamaño 25 por 17, 30 pesetas

Noticias y comentarios

CATÁLOGO DE LA CASA ARALUCE.—

En el número anterior hemos comenzado la publicación en nuestras páginas de anuncios del catálogo de la Casa Editorial Araluce. Hemos cuidado siempre que nuestros anuncios fuesen exclusivamente de la índole de la revista, convencidos de que así tendrían para el lector tanto interés como una página de texto.

La publicación íntegra del catálogo de una casa de la importancia de la del señor Araluce será una experiencia más, para lectores y librerías, de los beneficios que puede aportar nuestra revista, a los que tienen trato con los buenos libros. Basta el antecedente de que la casa Araluce ha hecho ya varias ediciones de sus catálogos y todas ellas han quedado totalmente agotadas al poco tiempo de su aparición y era aún más de lamentar el que se tornasen inmediatamente incompletos.

El lector de EL CONSULTOR BIBLIOGRÁFICO tendrá, pues, en su colección el catálogo al día de una de las casas que se han distinguido por su seria orientación y su altivez de miras. En verdad, son pocos los editores que pueden ofrecer un fondo de obras tan limpias, sin «negocios» más o menos pornográficos, que tanto han deshonrado la edición española.

Una consideración más queremos que el lector tenga para estos editores que han prestado su apoyo a nuestra obra desde el comienzo: nuestra labor, hoy elogiada y reconocida en todo el mundo, no hubiera sido posible sin su aporte y sin la fe que mostraron en los anuncios de esta revista.

AMAMOS LOS LIBROS

Se han burlado de los bibliófilos, y, después de todo, se prestan a la burla; es el caso de todos los enamorados. Pero es preciso envidiarlos, porque han llenado su vida de una grande y pacífica voluptuosidad. Se cree confundirlos, diciéndoles que no leen sus libros, pero nos contestan sin dificultad:

—¿Es que vosotros coméis en vuestras vajillas de lujo?

Se dice que no les gusta prestar sus libros. Lo creo y no los censuro. ¡No! El amor a los libros no endurece su corazón y nuestros bibliófilos son lo más amable del mundo. ¿Qué pueden hacer que sea más inocente que el tener libros en sus armarios? Esto se parece mucho, en verdad, al trabajo que toman los niños haciendo montes de arena en la playa. Trabajan en baldío, y todo lo que reúnen es en seguida deshecho. Sin duda, pasa lo mismo a los coleccionistas de cuadros y libros. Pero en esto hay que acusar a las vicisitudes de la vida. El mar se lleva los montones de arena y el baratillerío dispersa las colecciones. Y, sin embargo, no hay nada mejor que hacer, que montones de arena cuando se tienen seis años y colecciones cuando se llega a los sesenta. No quedará nada de lo que hemos hecho, y el amor a los juguetes no es menos vano que los demás amores.

Bendigamos los libros, sí; la vida puede transcurrir entre ellos en una larga y dulce infancia. Yo conozco más de uno que ama mucho leer y escribir y que, sin embargo, no está

OBRAS DE PIERRE LOTI

DE LA ACADEMIA FRANCESA

El Castillo de la Hermosa Durmiente del Bosque	3'50 Ptas.
El Japón.	4' —
Reflejos en la senda oscura	4' —
Galilea (2.ª edición)	4' —
Persia. - Hacia Ispahan (2.ª edición)	4' —
Supremas visiones de Oriente (1921) (2.ª edición)	4' —
Figuras y cosas que pasaron	4' —
El desierto (2.ª edición)	5' —
Pekín.	5' —
El Moghreb.	5' —
La India (2.ª edición).	6' —
Jerusalén (2.ª edición)	3'50
El Casamiento de Loti	3'50
Aziyadé	3'50
Peregrino de Angkor.	3'50
Flores de hastío	3'50
Pascuala Ivanovitch	3'50
Fantasma de Oriente.	2' —
Carmen Sylva	3'50
Divagaciones de un desterrado	4' —
Madama Crisantemo	4' —
Pescador de Islandia	4' —
Novela de un spahi	4' —
Un oficial pobre	4' —
Diario íntimo	4' —

Estas obras se sirven artísticamente encuadradas en tela, con un aumento en el precio anunciado de Ptas. 1'50. Admirables traducciones de VICENTE DIEZ DE TEJADA y VICENTE-CLAVEL

EDITORIAL CERVANTES

MUNTANER, 65

BARCELONA

tranquilo. Si los libros llevan la paz a los pacíficos, también dan con almas inquietas donde salen toda clase de imágenes que burlan los espíritus y cambian los sentimientos. Diré más: el libro es un aparato mágico que nos transporta en medio de imágenes del pasado o entre sombras fantásticas. Los que leen muchos libros son como los que mascan *haschisch*, viven en una pesadilla. El veneno sutil que penetra en su cerebro los vuelve insensibles al mundo real, y son víctimas de fantasmás terribles o encantadores. El libro es el opio de Occidente, él nos devora.

Amamos los libros como la enamorada del poeta ama su daño. Amándolos morimos. Sí, los libros nos matan.

Creedme a mí que los adoro, a mí que me entregué a ellos por completo. Los libros nos matan. Tenemos demasiados y demasiadas clases.

El libro nos cuesta caro. Mas, ¿qué importa? Si por ellos morimos, por ellos vivimos también. Se lo debemos todo. Es una cosa de la cual se pue-

de decir, como de la lengua, que «es la mejor y la peor de todas las cosas».

Es el bien de la vida civil, la llave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón. Por ella se instruye, se persuade, se cumple el primero de los deberes, que es el de alabar a Dios. También es la madre de los debates, la fuente de las divisiones. Si se dice que es el órgano de la verdad, también lo es del error y, lo que es peor, de la calumnia. Por ella se destruyen las ciudades, se aseguran cosas perjudiciales. Si de un lado ella alaba a Dios, de otro profiere blasfemias contra su poderío.

Para acabar, yo debo dar un consejo a los que están cansados de ver tanto papel impreso. Les diré: ser bibliófilos y leer libros, pero no hacerles demasiado caso. Ser delicados, escoger, y, como aquel señor de las comedias de Shakespeare, decir a vuestro librero:

«Que estén bien encuadernados y que hablen de cosas de amor».

F. JOVER

REVISTAS RECOMENDADAS

El Repertorio Americano

Semanario de cultura hispánica

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica, C. A.

1 tomo (24 entregas) 12.00 en el exterior \$ 3.30 oro americano

PORTUGALIA

Revista de cultura

tradição e renovação nacional

DIRECTOR

FIDELINO de FIGUEIREDO

Rua de Diário de Notícias, 42, 2.º

LISBOA

La Isla de Oro

Novela de Pasión y de Paisajes

por Mario Verdaguer

Deseosos de ofrecer en nuestra "Colección Topacio" obras que se distingán por su alto interés y positivo valor literario, no dudamos en presentar hoy al público la novela de Mario Verdaguer "La Isla de Oro". En esta obra, de un profundo sentido moderno, llena de sutilezas, de refinamientos y de ironías, el lector ve desfilar a través de imágenes kaleidoscópicas y llenas de luz, un mundo original, cosmopolita y paradójico y sin embargo hondamente humano, donde la ternura y el amor, la pasión y la voluptuosidad, el realismo y la más alta lírica se barajan y mezclan armoniosamente formando una trama interesantísima, llena de sorpresas espirituales. / No quisiéramos anticiparnos al juicio de los lectores de la "Isla de Oro"; pero sí, estamos seguros de una afirmación: Mario Verdaguer es un novelista sin puntos de contacto con sus contemporáneos y su obra está llamada a sorprender a la crítica y a despertar la curiosidad de los amantes de las bellas e interesantes lecturas. / Dicha obra formará un tomo del presente tamaño de más de 300 páginas, cuidadosamente impreso, con artística portada y decoraciones del pintor ruso Kasian Millevoy. / De esta obra se ha hecho un tiraje especial de: 10 ejemplares en papel Imperial del Japón, numerados del 1 al 10, con 3 ilustraciones originales de Kasian Millevoy, cuyo precio es de 60 pesetas ejemplar; 25 ejemplares en papel puro hilo, numerados del 11 al 35, con un frontispicio original de Kasian Millevoy, a 25 ptas. ejemplar. / Precio del ejemplar corriente, 5 ptas.

EDITORIAL "LUX"

ARIBAU, 26

BARCELONA

Nuevo Diccionario Español Ilustrado

En 2 volúmenes que contienen 40,000.000 de letras

ENCICLOPEDIA

SOPENA



Al contado, 80 pts.

A plazos, 90 pts.

10 pesetas al contado y 80
en ocho mensualidades

Pida usted esta obra a su
librero o dirijase al editor
RAMON SOPENA
Provenza, 93-97 / Barcelona

Este Diccionario Enciclopédico consta de unos 200.000 artículos, de los cuales 120.000 pertenecen al léxico y el resto son nombres propios. Todos juntos comprenden en sus varias acepciones cerca de UN MILLON de significaciones diversas, entre las cuales se cuentan más de 30.000 americanismos, 100.000 nombres geográficos y 50.000 biografías, igualando y aun superando en esto a otras enciclopedias más extensas. / Contiene más de 8,000.000 de palabras (unos 40,000.000 de letras) y está ilustrado con 20.000 grabados en negro, 87 mapas en negro y color y 39 hermosas cromotipias. / Está esmeradamente impreso, y los dos volúmenes de que consta llevan una rica y sólida encuadernación en piel, estilo Renacimiento español. / El valor y autenticidad de su texto, la riqueza y arte de su ilustración, la rigurosa exactitud de sus mapas, la elegancia de su encuadernación, la sencillez y comodidad de su manejo y la limitación de su precio, todo, en fin, hace que esta obra sea el Diccionario ideal, por ser el más moderno, útil y barato de los Diccionarios enciclopédicos publicados hasta la fecha